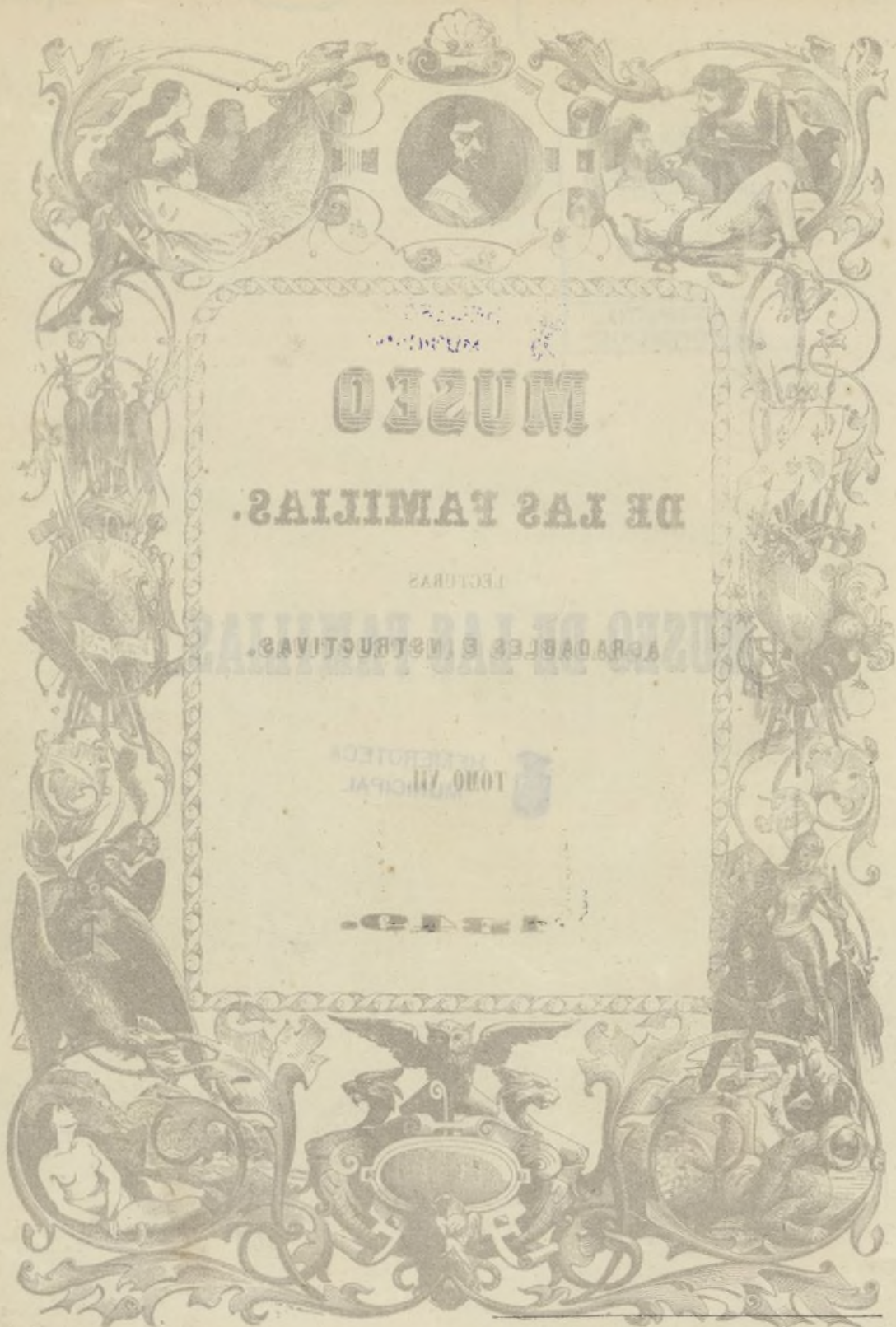


MUSEO DE LAS FAMILIAS.



HEMEROTECA
MUNICIPAL



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO.
CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MUSEO

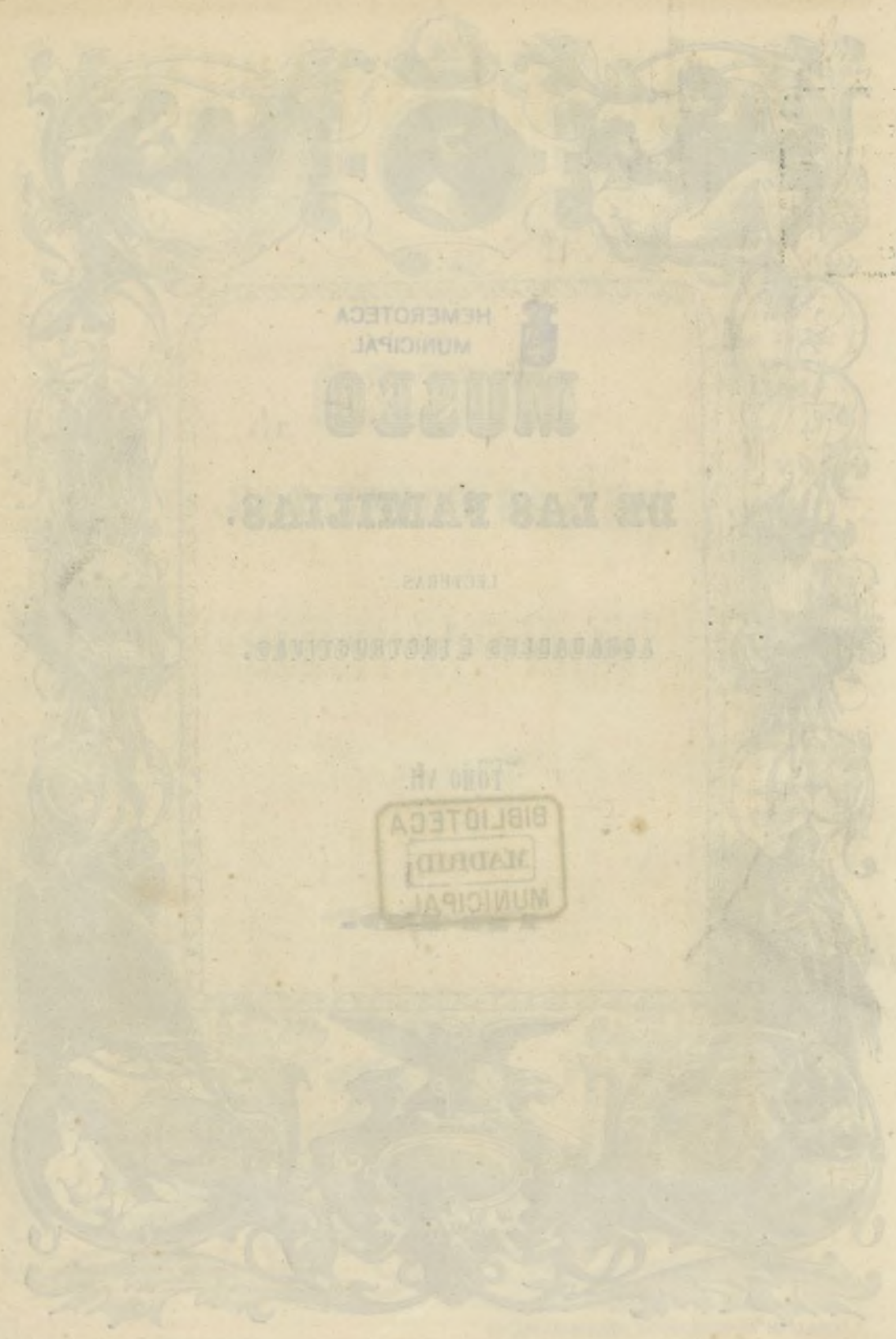
DE LAS FAMILIAS.

LECTURAS

AGRADABLES É INSTRUCTIVAS.

TOMO VII.

BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL
1849.



MUSEO DE LAS FAMILIAS.



Vista de la catedral de San Mauricio.

VIAGES.-FRANCIA, VIENNA.

Aquellos de mis lectores que hayan estado alguna vez en Francia, recordarán sin duda, como yo recuerdo, haber oído hablar de las maravillas artísticas del Delfina-

25 de enero de 1849.

do, de las pintorescas márgenes del Loira y de las patriarcales costumbres de la Bretaña; y digo que habrán oído hablar, por que son pocos los españoles que han extendido sus incursiones en el vecino reino mas allá de la capital y ciudades de tránsito, escepto algunos, de los que las discordias civiles en estos últimos años, han obligado a vivir lejos de su patria, y han tenido bastante afición y

TOMO VII. 4

suficientes medios para recorrer el país que les dispuso generosa hospitalidad. En este caso se halla el autor de estos apuntes; sin pretensiones de escritor, sin conocimientos especiales, porque no he hecho un estudio profundo de las artes ni de las letras, como ajenas completamente á mi profesion de soldado, y sin mas guia que el instinto natural de lo bueno, he ocupado mis ratos de ocio en tomar notas sueltas sobre algunos monumentos y poblaciones de Francia, donde he residido nueve años, no pensando nunca que viesan la luz pública; pues mi único objeto fué disipar con este entretenimiento la natural melancolía que inspira siempre la emigracion, cualquiera que sea la fortuna del emigrado. El director del MUSEO DE LAS FAMILIAS las ha creído útiles para su periódico, y cediéndoselas, no hago sacrificio alguno, puesto que no las juzgo de ningun mérito, y ademas le he exigido como condicion precisa que no ha de aparecer mi nombre al pie de ellas; esto no es una modestia afectada, es el convencimiento de que mi nombre, completamente desconocido como escritor, no añadiría ni un átomo de mérito al periódico, que afortunadamente para él, tampoco lo necesita, ni mis escritos pueden darme gloria, ni aun cuando fuesen susceptibles de ello, yo pretendo alcanzarla en este palenque. De lo dicho se deduce que no guardaré método ni orden alguno, y acaso sea esta la única parte original de mis artículos, pues es tanto lo que los franceses han escrito sobre su país, que apenas han dejado nada que hacer á los estrangeros curiosos. En este punto nosotros hemos seguido un rumbo distinto; es decir, no hemos hecho nada, y hemos dejado que los estrangeros lo hagan todo: verdad es que así ha salido ello, y verdad tambien que la desidia, como todo en este mundo, tiene sus ventajas como tiene sus contras.

Desde Lion á Vienna, ciudad de mas de 14.000 almas en el departamento de Isera, solo hay siete leguas francesas, que equivalen á poco mas de cinco españolas, y hay ademas lo que nosotros no tenemos sino con rarísimas escepciones; es decir, diligencias y carruages á todas horas del día para hacer el viage. Habianme ponderado mucho las bellezas artísticas de esta poblacion, una de las mas antiguas de Francia, y me habian ponderado tambien su catedral, cosa que no debe extrañarse; primero, porque en Vienna se conservan en efecto reliquias de monumentos de todas las edades; segundo porque su catedral es magnífica y en algun tiempo fué primada de las Galias; y tercero, porque nuestros vecinos adolecen del achaque de ponderar todo lo suyo, así bueno como malo. Me decidí, pues, á visitar la que hace algunos siglos, cuando la caída del imperio romano llegó á ser capital del reino que los Burguñones formaron con los países que despues se conocieron con el nombre de Delfinado, hasta la revolucion de fines del último siglo.

Todo viagero que llega á Vienna, puede elegir para hospedarse entre cuatro fondas: la de la Tabla Redonda, la del Parque, la de la Mula, y la de los Tres Reyes; yo le aconsejo que prefiera esta última, donde hallará una señora, llamada, si mal no me acuerdo, madama des Champs, que en cuanto sepa que es español, y lo sabrá al instante, porque lo conocera en el acento, por bien que hable francés, lo tratará como cuerpo de rey. Malas lenguas dicen que la preferencia que dispensa la dueña de la fonda de los Tres Reyes á los españoles, nace de cierta inclinacion que tuvo en su juventud (ya es muger de mas de 50 años) á un emigrado de los del año 14, á quien debe su modesta fortuna; y yo solo puedo asegurar que habla un semi-castellano bastante inteligible y que en su casa estuve divinamente.

La ciudad de Vienna, como poblacion antigua, tiene un aspecto poco agradable; las calles son estrechas, pendientes y tortuosas; está edificada á la margen derecha del Ródano, y solo un especie de paseo ó muelle á la

orilla del rio, que forma parte de la carretera de Lion á Marsella, y en cuyo frente hay algunos edificios modernos, entre otros la casa de ayuntamiento, ofrece una vista risueña.

En Francia no es necesario preguntar á nadie lo que hay de notable en cada poblacion, porque se encuentran mil libros que lo dicen; sin embargo, la experiencia me ha demostrado que allí como en todas partes hay cosas que no refieren los libros. De Vienna, por ejemplo, creo que son cinco los manuales que se pueden consultar, y en ninguno de ellos se habla de un acontecimiento terrible que cuentan todas las abuelas á sus nietas y todas las madres á sus hijas. Es el caso que en una pequeña roca que mira al Ródano, cerca de la ciudad, hay tres cuevas redondas, obra de la naturaleza, pero tan perfectamente acabadas que no parece sino que son producto del arte; estas cuevas se llenan desde muy antiguo de agua en ciertas épocas del año, y cuenta la tradicion, que es con objeto de bañarse en ellas ciertas hadas benéficas, que un tiempo fueron seres humanos pertenecientes al sexo débil. Eran tres hermanas, hijas de un pobre artesano, pero tan hermosas, que no se ballaran mas bellas entre las mismas huris de Mahoma. Un día vinieron á la poblacion tres caballeros de ilustre alcurnia, al parecer, gallardos mozos tambien, y habiendo visto á las jóvenes se prendaron de ellas, como hombres de buen gusto. Dedicáronse á obsequiarlas, y sin duda fueron correspondidos, cuando no con gran trabajo lograron llevarlas engañadas una tarde al anochecer á la roca de las Tres Cuevas, probablemente para deshonestarlas. Pero la madre y la abuela de las niñas, recelando el peligro, y temerosas acaso de que no bastaran los medios humanos para evitarlo, acudieron en súplica á no sé qué virgen milagrosa, y el resultado fué, que al llegar á las cuevas las doncellas con sus amantes, apareció un resplandor tan vivo, que iluminó toda la ciudad, y luego una luz rojiza acompañada de un olor á azufre insostenible. La esplicacion de este fenómeno, es que las jóvenes incautas, se habian enamorado nada menos que del mismo Satanás y dos de sus agentes, que habian tomado la figura de hombres para perderlas, y que la Virgen, gracias á las súplicas de la madre y abuela, las libró de las garras del diablo. Desde entonces, es cuando los espíritus que se suponen ser de las tres hermanas, habitan las cuevas, y las llenan de agua para bañarse, oyéndose unos ruidos tremendos. Aviso á las muchachas que se dejan seducir por las apariencias. Madama des Champs al oír referirme este suceso á la señora Natalia, respetable portera de la fonda de los Tres Reyes, dijo que era un cuento de viejas, á que no debía darse crédito; que estaba demostrado, que las cuevas se llenaban de agua en ciertas estaciones del año por efecto de la afluencia de varios manantiales formados por las vertientes de las montañas, y que el ruido que se oía no era otra cosa que el aire introducido por las aberturas de las rocas. Bien comprendí yo que madama des Champs tenia razon, pero me guarde de dársela delante de su portera, á quien nada en este mundo hubiera convenido de que el fenómeno de las cuevas, era un fenómeno natural.

La catedral de San Mauricio es lo verdaderamente notable que hay en Vienna; está edificada en una eminencia á la que se sube por una grada de piedra de 28 escalones; y luego hay todavía 3 mas en el átrio para entrar en el templo. Este es de arquitectura gótica, y tiene 104 pasos de largo y 39 de ancho, con la altura proporcionada. Adornan la fachada un gran número de figuras de piedra, que demuestran ser obra de un buen escultor; las de la puerta principal, representan el nacimiento, vida y muerte de Jesucristo, y las de las dos laterales una la ascension del Redentor, y otras la asuncion de la Virgen. En tiempo de la revolucion estas figuras que

son de relieve, sufrieron mucho; pero aun queda lo suficiente para juzgar de su mérito. Hay además 24 nichos desocupados que contuvieron otras tantas estatuas grandes, las cuales fueron derribadas cuando la guerra de los hugonotes. Dos altas torres que sirven de campanarios, dan suma gracia y magestad al frontispicio; elevándose cada una sostenida por cuatro pilares a considerable altura, y estos mismos pilares sirven para sostener las bóvedas del templo; en medio del espacio que separa a las dos torres, divisábase una gran estatua de San Mauricio, hecha de bronce dorado; pero en el año de 1567 pereció á manos de los protestantes, que les pareció conveniente aprovecharse del metal y de otras muchas cosas, cuando al mando del baron des Adrest se apoderaron de la ciudad por traición de alguno de sus habitantes. Los revolucionarios en todos tiempos han sido lo mismo. Verdad es que la justicia divina castigó el atentado en el acto, pues al que echaba abajo la estatua del santo mártir, lo dividió una bala de cañon en el mismo momento en que consumaba el sacrilegio. Lo interior del templo es muy agradable por la buena repartición de sus capillas, por el gusto de los adornos y por la mucha luz, que modifican excelentes vidrieras de colores. Cuenta gran

antigüedad, pero hasta principios del siglo XVI no quedó enteramente concluido en la forma que hoy se halla.

En viendola catedral de San Mauricio, las ruinas de un templo antiguo dedicado á Augusto, una pirámide y un arco romano que hay fuera de la ciudad, se ha visto todo lo notable que contiene Vienna, y como este era el único objeto que á mi me habia conducido, resolví regresar á Lion, donde temporalmente habia fijado mi residencia. Me despedí, pues, de la amable madama des Champs, y de su no menos complaciente portera, y aprovechando el paso de la diligencia de Marsella, hice mi viage en la imperial, por no hallar asiento en otra parte; pero no me pesó, porque tuve por único compañero en mi departamento á un músico jubilado del teatro de Marsella, hombre de edad avanzada, y testigo en su niñez de las terribles escenas que se representaron en esta última ciudad en tiempo de la revolucion. Hablador como buen viejo, me refirió algunas que yo acaso me decida á narrar algun dia tambien á los lectores del Museo; pero esto será objeto de otros artículos de

EL EMIGRADO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

HERNAN SANCHEZ DE VARGAS.

I.

Habiase verificado ya en los campos de Montiel con asombro de toda la España, aquel fratricida duelo en que el rey don Pedro I de Castilla habia sido muerto á manos de don Enrique, su hermano y su competidor ardiente á la corona de Castilla. Todas las ciudades del reino, unas sobrecogidas de espanto, otras cansadas de los horrores de la guerra civil, y otras, en fin, ganadas por las dádivas de don Enrique, le iban aclamando sin resistencia por el segundo de este nombre en Castilla, sin que nadie recordase ya el nombre de don Pedro, mas que para asociarle, con mas ó menos prevencion, á todos los horrores y sangrientas catástrofes de que su reinado fuera testigo. Engreído don Enrique con la victoria, ufano con el reconocimiento de las principales ciudades, y apoyado en los treinta mil extranjeros que venia mandando Juan de Borbon, conde de la Marche, sin contar los aventureros que guiaba Beltran Duguesclin, creía que nada podia ya oponerse á su triunfo; pero al llegar con su victorioso ejército á vista de Madrid, halló que esta villa le cerraba las puertas.

No habia aun llegado Madrid á ser corte de los reyes, ni metrópoli de los vastos dominios que en ambos mundos poseyó la monarquía española; pero tenia títulos suficientes para conquistar y merecer el renombre de *muy noble, muy leal y muy heroica* con que hoy ennoblece sus blasones. Entonces resolvió dar la mas heroica prueba de su lealtad al rey don Pedro, y no porque al concejo de la villa y á todas las personas de valer que habia en ella, se ocultasen las demasías de aquel severo monarca, sino que por lo mismo que habia sido perseguido, vencido, y si se quiere muerto á traición por su hermano,

se consideraban mas empeñados en serle fieles, creyendo que no porque le fuese adversa la fortuna, habian de dejar de considerarle como el solo monarca legítimo á quien como á tal habian jurado.

En tan arriesgada aunque heroica empresa, era el principal sostenedor y caudillo de los madrileños, el animoso HERNAN SANCHEZ DE VARGAS, señor de Cobeña, persona del mayor influjo en la villa, por su nacimiento, pues descendia del ilustre Ivan de Vargas, por su valor y otras prendas personales y por las relaciones de su numerosa familia, amigos y parciales. Todos ellos con la familia de Luzon y otras de las mas antiquísimas en la villa, constituian casi la totalidad de los moradores, por lo que la resistencia á don Enrique fué tan unánime como obstinada. En vano probó el nuevo monarca todos los medios de conciliación; en vano prometió amparar á Madrid en la posesion de todos sus privilegios; en vano propuso á los habitantes el partido ó capitulación que mas podia lisonjearles, porque ellos negándose á toda propuesta, mas que á triunfar parece que aspiraban á probar su denuedo ó á desafiar los peligros. Fue por tanto mas indispensable romper las hostilidades, apretar el cerco y combatir el muro con las maquinas de guerra usadas en aquella época; pero los sitiados, redoblando su esfuerzo, no solo rechazaron briosamente los ataques de los contrarios, sino que fueron á buscarlos en la campaña fuera de la puerta de Guadalajara. El excesivo número de los enemigos, hizo retirar bien pronto á Hernan Sanchez y á todos los hombres de armas que con él habian salido, sin que esta circunstancia pudiera influir en lo mas mínimo en la rendicion de la villa, pues cuando de nuevo les fué intimada de parte de don Enrique, Hernan Sanchez que con sus valientes se habia fortificado en el alcázar y los puntos mas importantes, contestó resueltamente, que primero que rendirse con mengua, allí habian de perecer todos defendiendo á su legítimo soberano.

II.

Dando tregua á los afanosos cuidados de su ánimo y descansando de las fatigas del día, reposaba por breves momentos Hernan Sanchez de Vargas en uno de los aposentos de el alcázar. Era poco despues de anocheado, y el guerrero, sin quitarse la armadura con la que dentro de poco tiempo habia de volver á su puesto, se habia despojado únicamente de su casco y su espada, y sentado junto á su esposa, hablaba con ella de los graves sucesos del día, entonces que esperaba gozar aquellos tranquilos momentos en el seno de su familia. Engañosa era esta esperanza: el apacible coloquio fué interrumpido por un extraordinario estruendo, y en breve gritos de triunfo y gritos de dolor, choques de armas, toque de rebato y clamores del pueblo se percibieron distintamente en la estancia. Al mismo tiempo entró todo azorado en el aposento uno de los escuderos de Hernan Sanchez de Vargas, gritándole:

—(Salvaos, señor; los enemigos entran en la villa!

Hernan Sanchez se lanzó sobre su casco y espada y se disponia á salir precipitadamente, cuando apareció tambien cubierto de sangre y con la espada desnuda otro de los gefes de los sitiados que exclamó dolorosamente:

—¡Estamos vendidos! La infame traicion ha abierto á los partidarios de don Enrique las puertas de Madrid!

—¿Y quién es el que nos vende? preguntó Vargas, lleno de cólera.

—Domingo Muñoz, ese pérfido vecino de Leganés á quien hemos tenido la imprudencia de confiar la guarda de las dos torres vecinas á puerta de Moros, la que ya ha franqueado á los enemigos.

Hernan Sanchez sin atender á mas razones, corrió hácia la puerta; pero su esposa se arrojó delante de él, resuelta á impedirle el paso. Mucho sorprendió al guerrero esta accion de su esposa, pues nunca habia ejecutado otra igual, aun en medio de las frecuentes alarmas y de los graves peligros que le rodeaban.

—¿Y quieres tú que no vaya á unirme á mis compañeros en estos momentos de peligro? ¡Y es mi esposa la que me aconseja permanezca aquí escondido mientras que ellos se batan!

A todo esto no contestaba ella mas que con sus lágrimas y súplicas, anunciando á su marido los siniestros presentimientos que entonces cual nunca la agitaban.

—No: exclamó Hernan Sanchez, si he de vivir luego deshonrado, obedezcamos ahora la voz del deber.

Desprendiéndose con cierta dureza de los brazos de su esposa, se la entregó casi desmayada al escudero, diciendo:—¡Cuida de ella! y desapareció.

La desventurada muger reunió todas sus fuerzas para ir á prosternarse delante de una imagen de la virgen de Atocha, cuya devocion era tan entrañable en esta familia de los Vargas, desde los tiempos de Ivan de Vargas, amo del bienaventurado San Isidro. La religiosa plegaria la dejó mas resignada, aunque no pudo calmar su mortal agitacion, que se acrecentó cuando oyó ruido de pasos y sordo rumor debajo de la ventana. El instinto de la curiosidad fué mas poderoso que el miedo: se asoma, y á la rojiza luz de las antorchas resinosas, ve á su esposo sin armas, cubierto de polvo y de sangre, y escoltado entre soldados, y con él algunos de sus valientes partidarios. Hernan Sanchez al pasar por delante de su casa, levantó los ojos hácia las ventanas, y al distinguir á su esposa, la dirigió una tristísima mirada que podia traducirse por las siguientes palabras:

—¡Todo se ha perdido!

Ella sin embargo sintió que sus fuerzas se reanimaban á vista de la situacion del hombre á quien amaba, y le contestó con otra mirada enérgica, cuya espresion era:

—¡Todavía no!

III.

Fuertes consecuencias las de las guerras civiles y sangriento espectáculo el que al siguiente día presentaban las calles de Madrid. Cadáveres de hermanos eran los que cubrian las asperas subidas de la Vega, y las tortuosas calles que circundaban el muro. Habia perecido la flor de la juventud madrileña; pero todavia era mas lastimosa la suerte de Hernan Sanchez y los demas gefes prisioneros. Sentenciados todos á muerte ignominiosa por el vencedor don Enrique, se hallaban ya en la prision recibiendo los auxilios religiosos, que los habian de fortalecer en tan duro trance. La hora fatal se aproximaba, y en aquellos momentos de reaccion y de venganza, nadie creia hubiese perdon para aquellos desgraciados; pero felizmente en el critico instante de marchar al suplicio, llega el perdon que don Enrique concede, aunque limitado á la persona de Hernan Sanchez de Vargas. La esposa de este sola y animosa, realizando una de esas ideas imposibles que solo las mugeres apasionadas pueden concebir, habia salido de su casa, habia atropellado por entre los guardas, habia llegado hasta el orgulloso conquistador, habia sabido conmover su corazon, y con sus ruegos y sus lágrimas habia alcanzado el perdon de su marido. ¡Espectáculo sublime el de una muger implorando gracia para su esposo á los pies de un soberbio monarca! Y accion digna de aquellas á quienes el destino, sino llama á gobernar los estados, ni á esponerse á la muerte en los combates, reserva al menos todo el laurel de estas victorias que se obtienen con la dulzura y la paciencia.

Infructuosos fueron sin embargo todos los esfuerzos de la esposa de Hernan Sanchez de Vargas: éste rechazó un perdon á tanta costa conseguido, así que entendió no eran comprendidos en la misma gracia sus parciales, sus amigos que gemian con él en la misma prision.

—Si hay aquí alguno que debe morir, ese soy yo. No temo yo la muerte; siento, si, no haber perecido con honra con las armas en la mano defendiendo mi bandera.

En vano todos los circunstantes á quienes esta escena enternecía y admira, se esfuerzan en retraerle de su designio, porque se manifiesta inflexible. Sus mismos amigos, admirados de tan noble proceder, le instan, le suplican para que nose inquiete por ellos, y arrojándose á su cuello, le conjuran para que abandone su proyecto.

—No: decia Hernan Sanchez, nunca quiera Dios que yo os abandone en este trance, así como tampoco me abandonasteis á mí. Yo soy el que os he comprometido, y vuestra amistad, vuestra confianza en mí es la que os pierdo; pues bien, ó todos ó ninguno!

En seguida, viendo que trataban de acosarle con nuevas instancias, echó á andar resueltamente, diciendo á los ministros de justicia:

—Adelante, señores: yo no quiero gozar de la vida: estoy resuelto á ello.

IV.

Al traves de un pueblo que se dispersa cabizbajo, y por entre hileras de soldados tristes y silenciosos, marchan al suplicio los campeones que hasta el último instante han sostenido en la leal Madrid la causa del rey don Pedro. Todos ellos inspiran el mayor interes por su infortunio, y muchos por su juventud y prendas personales; pero mas que ninguno Hernan Sanchez de Vargas llamaba la atencion por su heroico proceder que ya era sabido de todos. El solo estaba en calma en medio de aquella desolacion general, él marchaba con paso firme, dirigiendo serenas miradas á la angustiada muchedumbre que no le contestaba mas que con sollozos. Ya se descubria el sitio fatal, ya estaba á la vista el tajo en que habian de ser cortadas sus cabezas, cuando de im-

provisio el pueblo se precipita con sordo rumor, las filas de soldados se abren y ¡gracia! ¡perdon! gritan por todas partes.

Efectivamente, el rey don Enrique á cuya noticia habia llegado la respuesta de Hernan Sanchez, admirado de tanto heroismo y conolido al fin de la muerte de aquellos caballeros, la que habia decretado en los primeros momentos de enojo, hizo estensiva á todos ellos la gracia que primero concediera á Hernan Sanchez, enviando con toda diligencia uno de los oficiales de la real casa para que suspendiese la ejecucion, y entregándole ademas su anillo régio, para que acreditase como eran verídicas sus palabras.

Tan inesperado desenlace llenó de júbilo á todos; pero los sentenciados, tan serenos como antes, no tuvieron mas pensamiento que el de ir á dar las gracias á la patrona de Madrid, depositando en su templo las insignias con que iban al suplicio, para perpétua memoria de este suceso acaecido en el año de 1366. Este generoso rasgo de don Enrique I le conquistó los corazones de los madrileños, cosa á que no habian alcanzado sus armas; y si en los habitantes de la leal villa quedó grabado el recuerdo de este acontecimiento, impresion mas honda todavia hizo en el ánimo del monarca. Don Enrique, y la historia lo prueba, tuvo siempre en particular estima á los mas ardientes partidarios del rey don Pedro, y á



La esposa de Vargas suplicándole que acepte el perdon.

los que como el animoso Vargas habian dado por él tales pruebas de lealtad, entendiendo, y con razon, que las mismas darian por él, luego que le aceptasen y reconociesen como legitimo soberano. En todos los dias de su reinado dió pruebas de esta intima conviccion que abrigaba en su pecho, y mas todavia al tiempo de morir, cuando habiendo hecho venir á su presencia á su hijo y sucesor el infante don Juan, despues de haberle dado excelentes consejos para el gobierno de los estados, le dijo estas notables palabras:

—Hijo mio, tres clases distintas de hombres tienes en el reino: unos que constantemente han seguido mis banderas; otros que con no menor constancia han seguido el partido de mi hermano el rey don Pedro, no desamparándole, ni aun en medio de su adversa fortuna, y

otros, en fin, que aparentando permanecer neutrales, han esperado el resultado de la contienda para declararse por el vencedor. De estos hombres no hagas caso ninguno, y desprecialos como guiados tan solo por un mezquino egoismo. Conserva á mis partidarios las mercedes que yo les di; pero no les confies cargos en que haya que contar demasiado con su lealtad; mas cuando necesites hombres de bondad conocida y de lealtad á toda prueba, entonces, hijo mio, echa mano de los partidarios del rey don Pedro y fia en ellos ciegamente, porque esa misma lealtad que á él conservaron en su buena y mala suerte, es la mejor prueba de la que te profesarán á tí, sean las que quieran las vicisitudes del reinado que el cielo te prepara.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ANÉCDOTAS MORALES.

AMOR DE MADRE.

Los primeros frios de octubre obligaban á regresar á la capital á las familias ricas que habian salido á disfrutar los placenteros y frescos dias que proporciona el campo en la estacion del verano; pero yo que amo la soledad me apresuré á salir de Paris, buscando en el retiro, y lejos del bullicio la calma y tranquilidad. El otoño habia despojado á los árboles de sus pomposos vestidos, y las secas hojas, juguetes del viento, formaban remolinos cubriendo la tierra sus tristes despojos; la espesa y húmeda neblina extendiendo su denso velo infundia melancolía por todas partes.

Habia dejado á mi izquierda á Belleville; reflexiones vagas y sombrías ocupaban mi ánimo; caminaba despacio, triste y cabizbajo, queria huir de mí mismo y de este mundo falaz, volando con el pensamiento en pos de otro mejor. De repente el eco de un silbato hirió mi oído; su tono era agudo como el grito de la desesperación, lúgubre como un gemido.

Llegaba ya al cementerio que está á la parte del Este, y un carro mortuario conducia lentamente un cadáver á su última morada: el conserje habia avisado á los sepultureros con aquel silbido la llegada de un nuevo inquilino.

El cementerio estaba desierto; únicamente se distinguían al través de la neblina algunas parejas, que cual sombras fantásticas cruzaban de una parte á otra: eran sin duda amantes que buscaban la soledad para hablar de sus amores, en un sitio cubierto de mortales despojos!

Llegué maquinalmente á la capilla, y sentado sobre un sepulcro me puse á reflexionar en lo que vienen á parar todas las grandezas y vanidades de esta vida, cuando una estrepitosa carcajada me sacó de mi enagenamiento; indignado con esta demostración de alegría tan impropia de aquel lugar, me dirigí lleno de cólera hacia el sitio de donde habia salido, que era uno de los mas retirados y solitarios. Una muger estaba allí, sola, sentada sobre una lápida; sus mejillas estaban hundidas y pálidas como la muerte; sus ojos encendidos é hinchados vertían gruesas lágrimas, y sin embargo, no cabía duda, ella era la que habia dado la carcajada, porque todavía se manifestaba la sonrisa en sus descoloridos labios.

Al oír mis pisadas volvió la cabeza, aplicando misteriosamente el dedo á su boca: ¡silencio, silencio! exclamó como si hablase con algun ser invisible, ¡silencio! ¡porque hay gente que nos escucha! y prosiguió haciendo malla, la cabeza inclinada, é indiferente á cuanto la rodeaba.

Entre tanto la niebla se habia levantado, resolviéndose en una lluvia menuda y abundante; los vestidos de esta desventurada estaban calados, su cuerpo aterido, y de cada cabello se desprendía una gota de agua; sus manos amoratadas, apenas podian sostener las agujas; todo su aspecto era una imagen del sufrimiento y resignación.

—El tiempo, señora, es harto frio, para permanecer en este sitio sola y á la inclemencia, la dije aproximándome á ella, ¿sin duda aguardais para retiraros á la persona con quien hablábais ahora poco?

Nada me contestó, pero levantándose ligeramente de su asiento, y señalando con el dedo á la tierra, me

dijo: ¡ahí está á quien espero! mostrándome una tumba. Sobre la lápida que la cubria estaba esculpida esta inscripción: *A Julio Reinien, muerto á la edad de 19 años, su pobre madre.*

¡Ah! la desgraciada en su enagenación creia oír la voz de su hijo que la respondia desde la profundidad de la tumba, le hablaba, reía con él... ¡desgraciada! el amor maternal y el dolor creaban esas fantásticas ilusiones en su estraviada imaginación!

Hice algunos esfuerzos para desviarla de aquel sitio de dolor, pero ella lo resistió vivamente.

—Cómo, decia, ¿abandonar á mi pobre Julio antes de la noche? ¡Oh, no, señor! está tan contento á mi lado... se aburriría si le dejase solo.

Un guarda del cementerio pasaba junto á nosotros tarareando una alegre canción con la mayor indiferencia.

—¿Os da lástima esa muger, caballero? me preguntó con aire chocarrero y jovial; bah, no hagais caso de sus tonterías, dejadla con su manía, así hacen cuantos la ven.

—¿Cómo es eso?

—Hace un año que murió su hijo, y desde entonces pasa todo el día junto á su sepultura, le dirige la palabra y cree que el muerto le responde.... ¡ja.... ja.... es cosa que hace morir de risa. Aquí come, y no se aparta de este sitio aunque hiele ó granice.... pero los locos no sienten frio.

¡Ah, la desgraciada estaba tiritando!

Diciendo esto, el guarda siguió su camino cantando alegremente. Yo no me atreví á separar á la madre del sepulcro del hijo, ni privarla de la ilusión que la hacia feliz, pero al mismo tiempo temia por su salud, y deseaba que al menos estuviese á la vista quien cuidase de ella; con esta idea fui á encontrar al guardián y le manifesté mi intención.

—¿Cuidar de ella? me contestó, bah, ya me lo tienen encargado; es muy rica y tambien su familia.

—Pues entonces, ¿cómo permiten...

—Porque no pueden impedirlo: hace seis meses que prohibieron sus parientes á esta señora, venir al cementerio, la encerraron en un cuarto, y ¿qué hizo ella? saltó por la ventana y se vino der chita á su puesto.... Al decir esto echó á reír, y yo me retiré oprimido el corazón.

Desde aquel día iba todas las semanas á ver á la amorosa madre, y siempre la encontraba conversando con su hijo. Pero ¡ah! llegué una tarde y no estaba como de costumbre: llamé al guarda que estaba paseando al sol cantando su canción favorita.

—Aquella desgraciada no está hoy junto al sepulcro de su hijo. ¿Será que sus parientes la han encerrado de nuevo, ó acaso se ha desvanecido su locura?

—¡Quia! contestó éste echando á reír y frotándose las manos alegremente; no señor, no está ya loca, loado sea el Señor; pero es igual, hoy vendrá sin falta al cementerio;... ¡Hola, hola! continuo dirigiendo la vista hacia una larga hilera de árboles que llegaba hasta la puerta principal del recinto de los muertos; mirad, caballero, allí la teneis, me dijo mostrando con la mano el carro fúnebre que avanzaba lentamente hacia nosotros: iba á reunirse para siempre con su llorado hijo.

JAVIER DE ASED.

CRONICAS DE CATALUÑA.



UN BAUTISMO MISTERIOSO.

I.

INTRODUCCIÓN.

A últimos del siglo X los descendientes de Ismael eran dueños todavía de la mayor parte de la península ibérica. Unicamente los primeros reyes de Oviedo habían salido de Covadonga, y con su espada tenían trazado un círculo de sangre, dentro del cual resistían a los estandartes muzlimicos, y echaban los cimientos de la monarquía, que mas tarde debía dominar en ambos mundos. Ludovico tomaba entre tanto a Barcelona, mientras que los árabes beledies, creyéndose en pacífica posesión de la monarquía, se repartían y disputaban entre sí las presas, y con sus luchas intestinas abrían el camino que un día tenían que seguir Fernan-Gonzalez, el Cid y los Reyes Católicos, hasta el corazón del califato occidental, cuyo postrer baluarte fué Granada.

Con todo, en aquella época, el célebre Almanzor desde Córdoba, dominaba a la morisma de todas las provincias españolas: los imanes, visires y alcaides de los pueblos, obedecían humildemente sus mandatos, y la reacción cristiana era poco menos que insignificante para la corte del hijo de Abd-el-Melic.

El ojo previsor de los conquistadores, había trazado varias líneas militares. Las poblaciones considerables, ya por su vecindario ó por su riqueza, eran circunvaladas con fuertes muros; en los puntos culminantes de las sierras, se construían sólidos castillos, y las fronteras occidentales del imperio, que la guerra propicia ó adversa estendía ó reducía, se trasformaban en una cadena de baluartes. La opresión de los conquistadores se hacia pesada sobre los vencidos, y toda clase de vejaciones caía sobre los indígenas, con la escusa, unas veces de conspiraciones supuestas, y otras de resistencias á mano armada. La lucha entre dueños y vasallos se hizo mas seria, á proporcion que se aumentaba el número de los primeros, y á medida que los reaccionarios tuvieron un punto de apoyo en Oviedo, Leon y Barcelona. Con la cuestion nacional, se cruzó la pugna religiosa, y desde entonces fué un nuevo motivo de odio para los oprimidos el ver á los minaretes de las mezquitas, sobrepujar á las torres de la iglesia goda, y para los opresores, un crimen de rebeldía el concurso festivo en los templos cristianos. Y sus consecuencias fueron: la destrucción de los altares, la usurpación total de los pocos bienes que habían quedado á los vencidos, y el martirio de los que predicaban el Evangelio. Con estos en particular, se ensañó la cólera musulmana á causa de las conversiones frecuentes que lograba la fé en sus familias, y cuanta mayor fué la crueldad de los inquisidores mahometanos, tanto mas brillaron los triunfos del cristianismo, y por lo mismo aumentó el número de los bautizados.

Durante el reinado de Almanzor, acontecieron los hechos que vamos á referir, tal como los dicta la tradición, y hemos podido leer en las elocuentes ruinas que han quedado de aquellos tiempos.

II.

EL BAUTISMO.

Era un día del otoño de 999.

El astro de fuego asomaba su brillante disco por encima de las peñas moradas de la Gritella, y sus rayos, interceptados por la niebla en su mayor parte, caían oblicuos sobre las torres de Prades. Desde aquel baluarte, que los árabes habían construido en la cumbre de la sierra, se podía tender la vista hacia un horizonte muy limitado, pues el valle es pequeño, aunque en aquel entonces lo hermoseaban las encinas, pinos y enebros que poblaban las colinas, los huertecitos subdivididos mas y mas por verdes linderos de juncos, cañas y mimbres, y sobre todo el crecido número de árboles frutales situados en el fondo.

En medio del silencio que reinaba en el campo, y el ruido que se percibía en lo interior de la colonia africana, la atención de un observador únicamente se hubiera fijado en el alcaide, el anciano Yezid, quien se paseaba en una azotea del castillo, hablando con un joven árabe de una fisonomía interesante.

—Ismael, decía el viejo gobernador de la fortaleza, mi hermano el alcaide de Al-beca, está enfermo. Sin duda Alá tiene contados sus días, y temiendo morir antes de haber cumplido las órdenes del emir de Córdoba, acaba de enviarme un mensaje, á fin de poder darte posesión del cargo para el que te ha nombrado Abderramen, el de las victorias. Hubieses ido solo allá, empero antes de separarnos quiero que se efectue el enlace acordado con la hija de Aaron. Sé que mi hermano solo vé por los ojos de la joven Sobeiha; como que solo amó á su madre, y jamás belleza alguna pudo lograr una mirada suya despues de la muerte de Amina. En una palabra, todas sus riquezas, que son inmensas, serán propiedad de su hija, y como Sobeiha es una niña sin madre ni hermanas, una azucena en el desierto, temo no se aproveche algun ambicioso de la enfermedad de Aaron, y estravie á su hija, frustrando mis planes. La fineza de acudir sin pérdida de tiempo á la cabecera del moribundo, será grata á mi hermano, quien recordará su promesa, y á la hermosa Sobeiha, que no podrá menos de mirarte favorablemente, acostumbrada como está á ver solo entes nulos y rostros rudos. Así, pues, vé á disponer ensillen inmediatamente Al-asná y Al-behloul, y que se preparen seis ginetes para acompañarnos. Todavía tenemos tiempo para atravesar los desfiladeros de día, y la luna nos guiará por la llanura.

Una hora despues penetraban en las gargantas de Biern ocho hombres á caballo, los cuales, aunque su traje era moruno, llevaban sobrevestas godas con las capuchas caladas.

El paso de Biern ó Al biern en aquel entonces, era un espeso bosque, y desde Prades á la llanura del Noroeste, solo había una senda transitable. La tarde estaba algo fria, y las brisas de las primeras nieves jugueteaban en el follaje moribundo, cuyo murmullo, y el ruido de las pisadas de los corceles, se percibían solos en aquella soledad. Los dos caballeros que marchaban á la cabeza de la comitiva, parecían sumergidos en una profunda meditación, aunque el de mas edad de los dos,

pronunciaba una que otra palabra, y daba el nombre de Ismael al otro, el cual seguía callando, y aprovechaba, cuando venían á mano, las plazoletas del camino para colocar su caballo al lado del otro, á fin de poder comprender lo que su compañero le decía en voz baja.

Los demas ginetes caminaban á cierta distancia.

Hé aquí lo que entonces dijo el anciano:

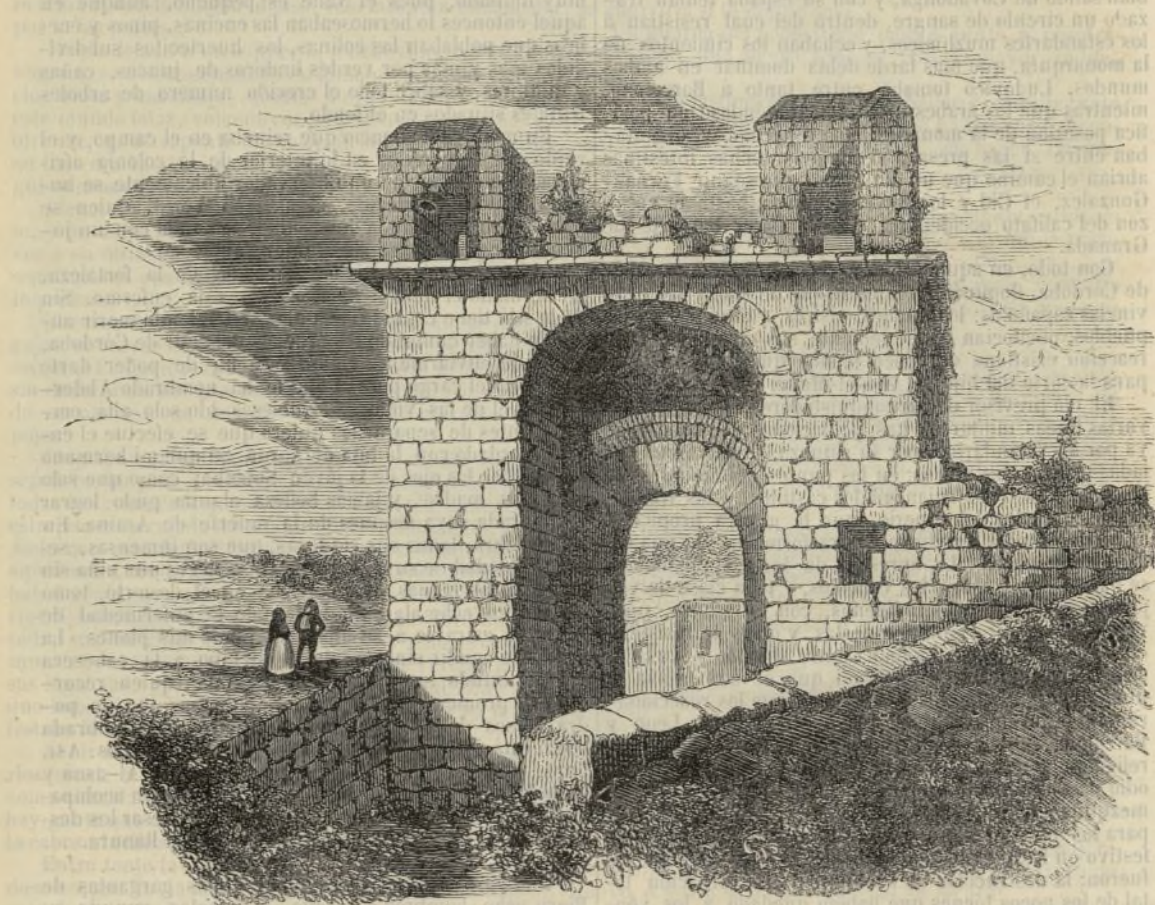
—Sin duda está escrito que á mi hermano le quedan pocos dias de vida, y por lo mismo, una vez instalado en Al-bea, vas á ser chaïque de una nueva familia, dueño de inmensos tesoros, y esposo de una hermosa virgen. Sabe, hijo, que descendes de Yoctan, y que la sangre de tu cuerpo es la mas pura de los Aribah. Desde el Yemen, mis abuelos siguieron á los emires hasta Zaharra, y á Muza en España. Empero los musulmanes han olvidado las costumbres de sus pasados; no cuentan ya las generaciones, y forman alianzas con las hijas de los nazarenos. Ya no piensan en su patria, y vuelven la vista hácia el Oriente solo por fórmula; hay apostasias continuas en las familias en donde penetra la seduc-

cion y el vicio; se contaminan algunos creyentes en banquetes fantásticos en los que beben licores que estravian los sentidos.

La voz del árabe fué perdiéndose en el murmullo de un arroyo que cae perpendicular desde una altura de veinte pies formando una pequeña cascada.

Estaban ya los viajeros en la cuesta de Vall-clara, y el sol se había ocultado detras de los picos de Al-barca, que hoy llamamos Monsant. Al salir los sarracenos del valle, volvió á brillar por poco tiempo, cubriéndose por último con la niebla del Segre, y apareció la luna al Oriente. Llegó la noche, y el firmamento se fué oscureciendo. Las luces que podían distinguirse en las poblaciones, fueron apagándose sucesivamente; la bruma del río, empujada por el sordo Sudoeste, estendió su blanca faja avanzando hácia el Norte; las estrellas apenas centelleaban en el espacio, desaparecian, y al fin hasta la luna quedó cubierta.

Mas de una vez, en medio de la oscuridad, tuvieron que parar sus caballos los caminantes para no estraviar-



Puerta de los Reyes Magos en Al-bea.

se en las encrucijadas, y al pasar junto á las ruinas romanas, que aun hoy día pueden verse cerca de Albi, les saludó un buho solitario con su canto monotonó y lúgubre. Era sin duda uno de los gemidos de los hijos de Pompeyo, cuya desgraciada suerte fué escrita en aquel monumento, que ya no existe.

Adelantada estaba la noche, cuando Yezid con su séquito llegó á las puertas de Al-bea.

En el punto que ocupa al presente la ruinosa puerta de los Reyes magos, habia entonces una «casa de viage», como se llamaban en aquellos tiempos los mesones; un viejo, ni moro, ni judío, mal cristiano y peor hablador, recibia con abundancia de frases, y pocos recursos, á los escasos transeúntes que podian hacer gasto. Aquel año fué muy estéril, y se sintió el hambre en Cataluña.

Lo azaroso del tiempo, y la alta hora de la noche, fué causa de que no se abriesen las puertas macizas de la



fortaleza al nombre de Yezid. Retornaron á la hostería, en donde encontraron al viejo mesonero sentado en el hogar. El alcaide de Prades se retiró para descansar, encargando le despertasen al amanecer. Los árabes, á pesar de la fatiga de tan largo viaje, se colocaron alrededor de la lumbre, con la esperanza de un almuerzo que habia pedido su gefe, y que una octogenaria principiaba á preparar. Mientras tanto el cristiano, á fin de hacer menos pesada la tardanza á los hambrientos musulmanes, les preguntó si habian visto luz en la cueva de Santiago, que está cerca del camino. Hecho cargo el viejo de que hasta ignoraban la existencia de la caverna, despues de los preliminares que son costumbre en los narradores, les dijo dándose importancia.

—Señores ismaelitas, extraño mucho no hayan llegado á su noticia las maravillas que todos hemos visto en la cueva de Santiago, maravillas que en mi familia se refieren de padres á hijos desde tiempo inmemorial. No dudo que con los años se edificará en su recinto un santuario.

—Dejaos de profecias, gritaron los agarenos con impaciencia; referid el cuento con brevedad y sin comentarios.

—No es un cuento, señores.

—Hablad, volvieron á clamar los oyentes.

—En los años primeros en que el apóstol Santiago vino á España, estuvo predicando todo un día á los pastores y payeses de este contorno, sentado como yo lo he estado cuando joven, en el pico de la roca que llamamos el caballo de San Jaime. Era una tarde muy calurosa, y el apóstol con su baston, hizo brotar una fuente que aun es muy abundante, y que tiene la propiedad de ser fria en verano y caliente en invierno, cuyas aguas tienen la virtud de curar.

—¡Nazareno! interrumpieron los mahometanos.

—Como decia, pues, la tarde calurosa se convirtió en una tempestad súbita y terrible; hubo de todo lo de Dios: agua, granizo, truenos y rayos; mas el buen santo, compadecido de sus oyentes, dió por segunda vez con el baston en el suelo, y bajo el caballo de piedra se abrió una cueva inmensa, en cuyo seno se refugiaron los campesinos. La tradicion añade, que el día en que murió el santo, se oyeron dentro de la caverna músicas estrepitosas y ruido de armas; que hay noche, durante la cual, cantan los ángeles.

—¡Cuentos! exclamaron los árabes.

—Lo que es cierto, señores ismaelitas, y puede todo el mundo ser testigo, que cada año predica el apóstol sobre su caballo de piedra, la tarde se vuelve tempestuosa, y.... este año se ha llevado el diablo la cosecha. Esto acontece todos los años el día que corresponde.

—Adelante, gritaron los oyentes.

—Y mas cierto, que despues del sermón, que solo oyen los que están en gracia de Dios, se cierra uno de los boquetes interiores de la caverna, en la cual hay tantas estancias como años ha de durar el mundo, á fin de que el día del juicio final, esté ya cegado el subterráneo.

—¿Y á qué fin? preguntó uno de los curiosos.

—En las estancias de la cueva, que se cierran, se depositan cada año las almas de los que mueren impenitentes, con el objeto de que los vivos rueguen por su salvacion todos los años despues del sermón.

—¿Y qué mas?

—La cueva, todavia es muy profunda, y cuando algun curioso quiere visitarlas, no necesita luz, pues conforme penetra en su interior, va iluminándose el aire, hasta que al llegar en el punto en donde estuvo el santo durante la tempestad, se ven allí todos los espíritus.

—¡El almuerzo! ¡El almuerzo!

Mientras el mesonero estuvo refiriendo las maravillas de la caverna, los africanos se entregaron al placer

de la gula, sintiendo quizás la falta del vino que el cristiano bebía por sí y por ellos.

Mientras tanto, el joven Ismael habia escuchado con cierta indiferencia lo que creía ser un cuento del viejo cristiano; mas como hasta la ficcion es hija de algo, sintió despertarse en su imaginacion una viva curiosidad por saber lo que eran las maravillas de aquella caverna. Llamó en seguida al mesonero, y le dijo en tono resuelto, que deseaba visitar el subterráneo de Santiago.

—¡Ave María purísima! exclamó el anciano; á tal hora de la noche....

—Disponte á complacerme, perro, ó dime quién podrá enseñarme el camino.

—¡Angel! gritó el dueño de la posada, y al momento se levantó de un rincon de la sala un muchacho de unos quince años, cubierto con un saco de pieles, y á quien se hubiese equivocado con un oso.

—Acompañarás al señor, le dijo el viejo señalándole á Ismael, toma un haz de teas, y....

—¿Para qué las teas si hay luz en la cueva?

El viejo miró al agareno con cierto despecho, que de fijo no era motivado por el tono irónico con que habia pronunciado el joven las últimas palabras, y cuando le vió salir precedido del pillastron, murmuró entre dientes y con una formidable interjeccion.

—¡Ojalá el santo te castigue!

La mañana estaba en su crepúsculo; el cielo, cuyo velo blanquecino ondeaba al soplo del Sudeste, que iba calmándose, dejaba algunos claros y se veía brillar una que otra estrella; la luna ya en su ocaso, se transparentaba al través de las nubes, y su imagen se multiplicaba.... Caían las gotas del rocío, y entre las sombras de los campos se elevaban las torres del castillo de Al-bea, blancas y silenciosas, como presintiendo la muerte de su dueño. La niebla del Segre, extendida por la llanura, se iba recogiendo en dos alas que se alzaban como pirámides hasta las nubes, con las cuales se confundían, engrosándose hacia el Norte para llevar la lluvia al pie de los Pirineos.

La juventud es curiosa, y en algunos casos temeraria: Ismael tenia veinte años, una imaginacion ardiente, y como Autar era poeta. El aspecto exterior de la caverna, avivó el deseo que tenia de penetrar en su misterioso seno, y acordándose de todos los pormenores que habia contado el viejo, invocó como de paso á Alá, tomó la tea en una mano, y se internó en la cueva, saludando al corcel de piedra que cubre el agujero de aquel antro.

Enormes pilares sostienen el arco bi-partido por las colosales manos del caballo, y otros sin número forman dos galerías simétricas que se dirigen á Norte y Sud, que no se encuentran ya en el día, aunque se ven manifiestas señales de antiguas comunicaciones entre los dos subterráneos. La oscuridad se dispuso á los ojos del musulman con el resplandor de la tea, y sin quedar satisfecha su curiosidad, hasta entonces imprudente, el pie del joven árabe fué penetrando mas y mas en lo interior de la cueva. Cuanto mas adelantaba en los pasadizos, mayor era el deseo de encontrar un fin á aquel laberinto; empero las sinuosidades eran caprichosas; aquí largos y angostos corredores, allá bóvedas elevadas y de mucha estension; unas veces despeñaderos, otras gradas abiertas en la roca por mano del hombre; en un punto conchas en forma de lagos, cuyas aguas eran cristalinas que no distinguía la vista; en otra parte cristalizaciones hermosas que parecían diamantes deformes; una fuente brotaba del centro de una enorme peña, y caía á unos dos pies de altura; parecia el salto de una tanca de molino. Ismael contempló por unos momentos las maravillas mudas de piedra, y como no satisfacían á su sed poética, dió media vuelta y trató de salir de la cueva; mas sea que le engañase su memoria,

ó la semejanza que los pasadizos tienen entre sí en aquella caverna, es lo cierto que cuando la tea amenazó apagarse, ó mas bien concluirse, el jóven curioso se vió enredado, sin saber hácia qué parte buscar la salida. Escondió la tea para poder percibir la poca claridad del crepúsculo, llamó á grandes gritos.... Una oscuridad completa era su horizonte de piedra, y el muchacho que le había acompañado, ó estaba ya en casa, ó no podía llegar á él la voz de Ismael por haberse este internado fuera de su alcance; la tea quedó consumida, y la oscuridad fué completa. El jóven agareno no era cobarde; pero supersticioso, como lo son los de su secta, se creyó castigado por su temeridad, y considerando inútiles sus tentativas en las tinieblas, con mas razon que lo habían sido cuando estaba la tea encendida, se sentó rendido de cansancio, calculando que al llegar el día penetraría alguna claridad hasta donde se encontraba, y en último apuro tenía probabilidad de que su padre sabría por el viejo cristiano á dónde se había dirigido, y entonces irían á buscarle. Empero pasaban horas y mas horas; Ismael se convenció de que era mas de medio día, sin haber vislumbrado la menor apariencia de luz. La oscuridad no se disminuyó con el tiempo para los ojos del árabe; figurábasele unas veces entrever cierta claridad y distinguir los grandes bultos á corta distancia; mas al querer juzgar por el tacto, comprendía que solo era una ilusion del sensorio óptico; otras veces oía caer algunas gotas de agua de la bóveda, y creyendo ser á su derecha el ruido monótono y seco de la gota, se encontraba mojado del otro lado. El hambre, el cansancio y la tristeza se apoderaron del jóven: juguete de mil pensamientos estériles, su cabeza se fatigó de aquella actividad que acompaña en los lances desesperados, y creyendo llegado su último instante de vida, se resignó á los altos decretos del destino, y echándose sobre el suelo se cubrió el rostro con la capucha murmurando en voz baja este verso del Alcoran:

«El Señor será mi guía, la felicidad mi suerte.»

Ismael quedó como aterrado. Poco á poco se olvidó de su viage de la cueva, y hasta del hambre; parecia mecérsele en un bien estar de somnolencia grata, y es que en los grandes dolores, como en los deleites estremados, siempre hay una pausa. ¿Cuánto duró aquel estado?

Los oídos del musulman, que sentían zumbidos continuos, se aguzaron de repente.... Una musica armoniosa allá á lo lejos, se dejó percibir acompañando á una voz de muger que cantaba clara é inteligiblemente en un idioma desconocido.... ¡Váse acercando lentamente! podían distinguirse los instrumentos por su sonido.

El jóven creyó haber muerto, y que principiaba á disfrutar de los deleites prometidos á los creyentes. La voz era tan dulce, y tan melodiosa la música, que los sentidos del árabe quedaron inmóviles por temor de que á la menor relajacion de las fibras no cesase el sueño... Mucho duró el éxtasis; mas al fin fué disminuyendo por grados, y cuando parecia casi apagado el rumor, sintió una impresion el musulman en sus labios, que le hizo olvidar á la música. No podía dudarlo.... ¡era un beso! Sus brazos, por un movimiento eléctrico, se lanzaron al acaso, y estrecharon el cuerpo voluptuoso de una houri.

La sensacion fué tan viva, que Ismael abrió los ojos. ¿Era sueño, ó ilusion?

Una brillante claridad iluminaba las profundidades del subterráneo, cuya estension era indefinida; las gigantescas columnas de piedra que sostenian las naves caprichosas de aquel antro, formaban el centro de varias galerias que seguian direcciones irregulares; el agua de las conchas reflejaba la luz, y las infinitas estalactitas se asemejaban á perlas suspendidas en el techo de la gran cavidad calcárea.

El árabe estaba en la penumbra de uno de los pilares, y desde aquel punto vió salir del fondo de la cueva una procesion de fantasmas vestidas de blanco, cubierta la cabeza con un velo, una tea en la mano derecha, y una cruz en la izquierda. Aquella larga hilera de luces aumentaban la claridad conforme los bultos iban acercándose. Al fin pasaron mudos los fantasmas delante de Ismael, y á su frente formáronse en círculo y se postraron en el suelo. Entonces el árabe pudo distinguir en medio de tan estraños personajes, á una jóven que llevaba trage musulman, y cuya belleza rayaba en sobrenatural. Su cabellera esparcida sobre sus espaldas, sus manos cruzadas sobre el seno, sus ojos fijos en tierra, y su posicion en medio de la multitud, dieron á comprender al agareno que aquella estraña reunion tenía por objeto presentara la hermosa niña. El resplandor fuerte, y la luz oscilatoria de la madera resinosa, daban al rostro de la jóven un tinte de carmin subido sobre un rostro de alabastro; era su frente ancha y proporcionada, delgadas las cejas y largas sus pestañas; en la sien derecha, se percibía una cicatriz roja como sus labios; una cadenita de oro pendía de su cuello, y sus brazos desnudos llevaban brazaletes del mismo metal. Mientras que Ismael devoraba con todo el fuego de sus miradas los atractivos de la jóven, empezó una ceremonia estraña que acabó de fascinar al pobre africano.

Uno de los fantasmas se echó hácia atras el velo, y descubrió el rostro de un anciano de mas de un siglo; asíó á la jóven de la mano, y la hizo arrodillar sobre una peña, en la cual estaba esculpida una cruz. Otros cuatro fantasmas apartaron una especie de estatua de piedra formada allí por la naturaleza, y de un hoyo que quedó descubierto, sacó el anciano una palangana de plata y una cruz de oro. Colocó á esta delante de la niña, y llenó de agua la palangana. Entonces principió un dialogo entre el viejo y la jóven en un idioma estraño, que Ismael conoció era el mismo en que había cantado la voz misteriosa.

La voz grave y sepulcral del anciano, retumbó en todos los ángulos de la caverna, y formó contraste con la de la niña dulce y armoniosa. Sobre su cabeza estendió el las manos y derramó toda el agua de la palangana en la frente de la hermosa... Entonces todos los fantasmas prorumpieron en aclamaciones, y entre el murmullo pudo el árabe distinguir la palabra hebrea Hossanna, que fué la única que comprendió. La niña pasó sucesivamente de los brazos del anciano á los de los demas fantasmas, la cruz y la palangana volvieron á su escondite, que cubrió la estatua de piedra, y....

El musulman cerró los ojos cansados de tanta fascinacion; creía que sus sentidos deliraban de resultados de la fiebre que atormentaba al cuerpo, y reflexionaba eran aquellas sensaciones el preludio de la agonía, si ya no estaba difunto. Al dolor del hambre, había sustituido el tiempo una languidez completa, á las visiones un mar de fuego, y á las voces de los fantasmas un rumor monótono.... Cuando Ismael volvió á abrir los ojos para cerciorarse si estaba ó no soñando, se encontró en la perfecta oscuridad de antes, y el único ruido que llegó á sus oídos, fué el salto de la fuentecita.

Cuántas horas ó dias estuvo allí el jóven ismaelita, no pudo calcular, pues otra vez estaba sumergido en un delirio de sueños, hasta que le pareció oír pronunciar su nombre á lo lejos. ¡Levantóse á duras penas, y distinguió una luz! Era su padre, que acompañado de criados con teas iba buscándole.

En una de las estancias del castillo de Al-beca, estaba agonizando Aaron, el hermano de Yezid. A un lado de la cabecera del moribundo, una muger sentada sobre almohadones, leía en voz alta un libro que tenía en una mano, y con la otra estrechaba la del enfermo. Este respiraba con dificultad; sus ojos parecían hundi-

dos en las órbitas, y sufría ansias terribles que revelaba en sus quejidos.

—Sobeiha, dijo interrumpiendo á la lectora ¿No ha vuelto todavía mi hermano?

La jóven contestó negativamente con un ligero movimiento de cabeza, y siguió leyendo.

—«Fué llevado á la muerte como una oveja;»

—Hija mía ¿de quién habla ese libro? preguntó el paciente?

—Padre, respondió ella, del Dios que creó el cielo y la tierra, y se hizo hombre para la salvacion de todos. El enfermo no replicó. La jóven prosiguió su lectura.

—«Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Y diciendo Pablo ¿quién sois, señor? Le fué respondido: yo soy Jesús á quien tú persigues. En vano.....»

—¿Quién era ese Pablo ó Saulo? dijo el enfermo.

—Padre mío, era uno como vos, que no creía en aquel Dios, y por último se convirtió y fué un santo.

—Sobeiha, exclamó, déjame morir tranquilo; abusas de mi ciego cariño.

—¡Ay padre!.... y quedó sollozando la jóven al decir estas palabras. El anciano volvió á preguntarla.

—Hija ¿dónde has estado esta noche?

—He estado orando por vos.

—Alá te escuche y te llene de felicidades.

—No es Alá á quien adoro.

—¿Cómo!

—Es un dios mas poderoso, y que ahora os habla por mi boca para salvaros.

—Sobeiha, escucha: al venir al mundo murió mi madre, y Alá proveyó para mi sustento. He visto espadas sobre mi pecho, y el Profeta me ha socorrido. He envejecido en ese oasis y al lado de tu madre. ¿De qué puedo quejarme?

—Padre, ya lo sabeis; soy cristiana.

—Hija mía, sin duda hay un Dios y un cielo para vosotras, hermosos ángeles de la tierra. Tu no puedes vivir musulmana, porque no eres de la raza comun.... por esto te amo.

Y el moribundo apretó la mano de su hija contra su pecho.

En aquel momento entraron Yezid y su hijo.

La jóven dijo á su padre al oído.

—Vuestro hermano Yezid y vuestro hermano Ismael.

—Bien venidos, exclamó el enfermo: acercaos, que pueda veros. Y poniendo la mano de la jóven en la de Ismael les dijo:

—Sois hermanos de sangre, lo sereis de amor: Ismael, oye lo que habla mi boca en el instante postrero de mi vida. Una sola muger he amado; bendito sea Alá, he sido feliz..... Ama á mi hija, ámala mucho.

El moribundo cayó en un desmayo que todos creyeron había muerto: continuó con voz mas débil.

—El ángel Azrael está á mi lado, y ha contado mis dias. Hermano, no veré el fin de la luna de Xagual. Ismael, jura que amarás á Sobeiha, y que no dividirás el tálamo con otra muger...

Ismael, que tenia en su mano la de la jóven, sintió un estremecimiento eléctrico, alzó los ojos, y vió.... Sobeiha era la virgen misteriosa de la cueva.

Al otro dia había muerto Aaron, Ismael era esposo de su hija, y el viejo Yezid se volvió á Prades.

Se cree fué Ismael el que mandó edificar el santuario de Santiago encima de la cueva; por lo menos es de aquel tiempo la obra. Sobeiha, bajo el nombre de Maria, está enterrada en el sepulcro de la capilla de la Virgen, y por la fecha de su muerte, se deduce que disfrutó largos años de vida. A la entrada del subterráneo esta el caballo del apóstol.

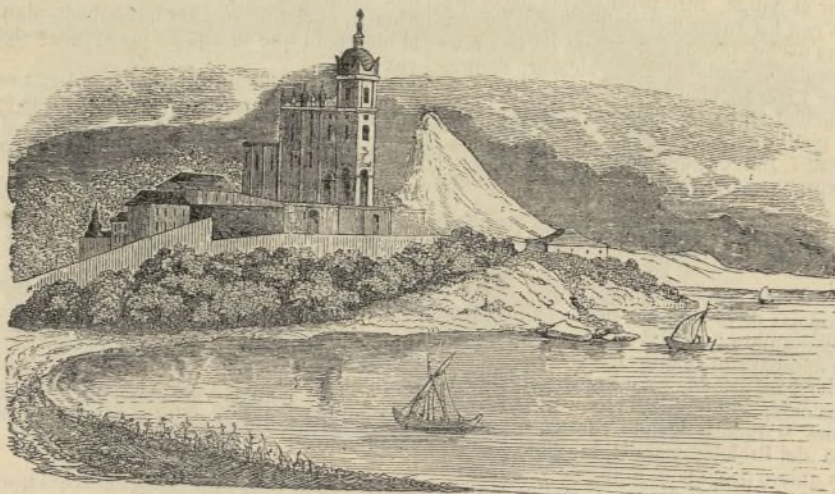
Ignoramos si continuó el sermón, y si se repite el temporal segun la tradicion. Si hemos visitado la caverna, ha sido con hachas de cera y buena comitiva. No hemos encontrado el punto en que fué bautizada Sobeiha; quizás se ha cegado aquella parte, pues que es cierta en este caso la profecía, y no puede estar muy lejano el fin del mundo, atendida la poca profundidad actual de la caverna.

El castillo gótico, trasformado por Aaron, restablecido por los cristianos descendientes de Ismael, y convertido á su tiempo en fortaleza feudal, hoy dia todo es ruinas. Apenas queda en pié parte considerable, escepto los enormes muros y la puerta de los Reyes magos.

Así pasa todo en el mundo.
Arbeca 24 de julio de 1848.

J. F.

EDIFICIOS ESTRANEROS.



(Vista de la iglesia de Nuestra Señora de la Gloria, en Rio Janeiro, capital del Imperio del Brasil.)

ANECDOTAS HISTORICAS.

EL CASTILLO DE SALOBREÑA.

Y extendió su mano, y tomó el cuchillo para degollar á su hijo.

Y hé aqui que el ángel del Señor clamó del cielo, diciendo: Abraham, Abraham.

Y él respondió: Aquí estoy.

Y díjole: no estendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada.

(*Génesis*, cap. XXII ver. 10, 11 y 12.)

Granada, situada en las pintorescas márgenes del fecundo Genil, es una ciudad de tristes y lisongeros recuerdos. Antiguo recinto de morisco harem; madre de famosos reyes. Tiene una Alhambra, página histórica que revéa á las generaciones el gusto y las riquezas del galante oriental. Cada columna del aquel suntuoso edificio, cada surtidor, refieren al observador viajero una historia larga y entretenida: sus recuerdos tradicionales exaltan la fantasía, conmueven el alma y aconsejan al juicio.

Pues bien; en la Alhambra murió Mohammed V, y Abu-Abdalla, su hijo le sucedió. De condicion dulce y pacífica, amigo de las letras y de las artes, y anhelando siempre la prosperidad de sus vasallos gobernó, á los moros de Granada: queriendo imitar á su padre en política y virtudes propuso la paz á los castellanos: porque «la guerra, decía, emponzoña los corazones, arruina los mas poderosos estados y corrompe las costumbres.»

Pero á pesar de sus buenas cualidades experimentó amargos sinsabores que acibararon su existencia, siempre amiga de la paz. Tenia dos hijos, uno llamado Yusef, que era el mayor, y otro de nombre Mohammed, que era el menor; pero tan ansioso de mandar este último, y tan envidioso de la progenitura de su hermano Yusef, que resolvió, no solo despojarle de sus derechos al trono, sino de derribar de él á su mismo padre.

Para conseguir su intento hizo correr la voz por Granada de que su padre era cristiano de corazón, y para persuadir mejor al vulgo, hizo presente las paces que habia celebrado con los reyes de Castilla. Tuvo algunos prosélitos, y una noche, puesto á la cabeza de una muchedumbre alborotada acudió al regio alcázar; se presentó á su padre y con ademán imperativo le dijo:

—¿Oyes al pueblo? Quiere que yo sea su rey; renuncia la corona y ponla sobre mi cabeza.

—¿Hijo desleal!... ¿Así conspiras contra tu padre?... Renuncio á la corona; pero Alá es justo y sabrá castigar tu demasia.

Disponíase á ceder la corona á su hijo, cuando el embajador de Fez que á la sazón era testigo de esta escena exclamó.

—¿Qué haces? Teme la ley del Profeta, que te reconviene si te despojas de lo que por justicia te pertenece.... Aguarda, quiero hablar á tu pueblo que estoy seguro que no aprobará tu conducta.

El embajador pasó á donde estaba el tropel, y en voz alta dijo lo siguiente:

—Musulmanes; si dudais de que vuestro rey es un verdadero hijo del Profeta, pedidle la guerra contra Castilla, y si no quiere ponerse al frente de vosotros para derrotar á los enemigos de Mahoma, motivo tendreis entonces sobradamente justo para destronarle.

Esta especie de arenga convenció al pueblo de lo

infundado de su tentativa; pidió la guerra contra los cristianos; fuéle concedida, y los moros entraron en Murcia, y aunque combatieron con denuedo no lograron muchas ventajas.

Poco tiempo sobrevivió el rey de Granada á este suceso; murió siendo joven todavía, y llegó á atribuirse su muerte á un envenenamiento.

Muerto Abu-Abdalla la corona pertenecía de derecho á Yusef; pero Mohammed ayudado de sus parciales, se apoderó del trono en perjuicio de su hermano, aunque tambien es verdad, que éste, no dió visibles muestras de ambicionar el cetro de Granada, pues siendo amigo de vivir en paz y quietud decía: «La corona es muy pesada, y oprime nuestra cabeza, en términos que nos despoja de nuestros mejores pensamientos.»

Sin embargo, el usurpador Mohammed, creyendo que la residencia de su hermano Yusef en Granada seria hartamente dañosa, le desterró al castillo de Salobreña, donde se vió obligado á vivir con un séquito muy reducido y con las mugeres de su pequeño harem. Resignado con su mala estrella pasaba en su confinamiento una vida ociosa, pero tranquila, sin curarse de las revueltas del reino, en tanto que su hermano imitaba la conducta que tanto habia vituperado en su padre, porque igualmente que aquel se ocupaba en asentar paces con los cristianos, llegando el caso, hasta de hacer un secreto viage á Sevilla para visitar á don Enrique III, con el cual celebró una amistosa conferencia.

Tuvo no obstante que combatir con las tropas de Fernando, regente de Castilla (1406) los que ganaron á Ayamonte y otras varias fortalezas. Apenas Mohammed regresó á su capital despues de estas contiendas, se sintió acometido de una grave dolencia y conociendo que se acercaba su hora postrera, llamó á su hijo y le dijo:

—Dentro de pocas horas ya no tendrás padre: he usurpado la corona á mi hermano Yusef; el pueblo querrá aclamarle rey; yo quiero que tú lo seas, y por lo tanto no estrañes mi última determinación.

Incorporóse en el lecho, y con sumo trabajo escribió una carta que inmediatamente cerró; llamó á un tal Ahmed, oficial de su guardia; hablóle algunas palabras al oído para que su hijo no las oyese, y despues dijo en voz alta.

—Ve al castillo de Salobreña; entrega esa carta al alcaide, y no vuelvas sin que te dé lo que le pido.

El enviado partió con la misiva, llegó al castillo y encontró al alcaide jugando con el príncipe á las tablas.

—¿Qué quieres? preguntó el alcaide.

—Esta carta me ha dado el soberano para tí.

El alcaide suspendió la jugada, y no bien leyó el láconico escrito, cuando palideció y se puso despues á llorar como un niño.

—¿Qué sucede? preguntó el príncipe desterrado: ¿Qué te dice mi hermano?

—¿Príncipe y mi señor, exclamó el alcaide, ¿como decirte?... ¡Tan jóven! tan bondadoso... ¡Ah! es imposible!...

Yusef arrancó violentamente la carta de las manos del alcaide, y leyó en alta voz y con acento tranquilo lo siguiente. (1)

(1) La siguiente carta es copia de la que aparece en la Historia de España y Portugal escrita en inglés por el doctor Dunham, y traducida al castellano por don Antonio Alcalá Galiano.

«Alcaide de Salobreña, mi servidor.

«Luego que Ahmed ben Xarac, oficial de mi guardia, entregare el presente escrito, darás muerte á Cid-Yussef, mi hermano, y con el mismo mensagero me enviarás su cabeza. Cuento con tu celo en mi servicio.»

—¡Pobre de mí! exclamó dando un suspiro Yussef; ¿cuál es mi delito?... ¿Qué hermano tan cruel me ha dado el cielo!

El alcaide y el mensagero lloraban desconsolados; las buenas prendas de Yussef habian ganado extraordinariamente el afecto del primero y de cuantos en el castillo estaban.

—Ahmed, prosiguió el principe, concédeme algunas horas de término, pues razon será que ya que voy á morir me despidas de los míos.

—Señor, interrumpió Ahmed cruzando los brazos y poniendo las palmas de la mano sobre su pecho: ¡Cuán doloroso me es no poder conceder lo que me pides! si no llego puntualmente á la hora que el rey me ha señalado, mi cabeza será la que caiga.

—Entonces, acabaremos el juego que habíamos empezado, dijo tranquilamente el sentenciado al alcaide; no llores; pronto iré á la sagrada mansion de mi Profeta y le diré que te haga dichoso y á todas las hermosas de mi harem.

«Pero fuese cual fuese la compostura del principe, dice el historiador poco antes citado, el alcaide estaba tan acojonado, que perdía el seso enteramente, cometiéndolo en el juego tales torpezas, que su contrario hubo de zumbarle por su poca maña.»

Poco antes de acabarse el juego, dijo el mensagero:

—Principe, es muy tarde y casi veo mi cabeza desprendida de mis hombros.

—Pronto acabo.... Te gané, alcaide; eres un chambón.... Ahora coge la cuchilla y prepárate á consumir el sacrificio, aunque no quisiera que fueras tú el que manchase sus manos con la sangre del inocente.... Vamos, no llores, y cumple los deberes que te impone mi hermano y tu rey.

Por mas que el principe se esforzaba en animarle, no podía hacerle levantar del asiento; pero tantas fueron sus instancias para que le matase, y tanto el abatimiento del mensagero por la tardanza, que el alcaide se le-

vantó llorando amargamente y cogió la cuchilla que el mismo Yussef puso en sus manos.

Todo estaba dispuesto; el principe habia preparado su cuello para que le divadiese su pusilánime ejecutor, quien de pronto tiró el acero exclamando.

—¡No puedo!

Entonces Yussef le recogió y dándoselo al emisario, dijo:

—Es una muger. ¡Pobre viejo! compadécele; parece que me ha criado á sus pechos, pues llora como pudiera llorar mi madre. Nadie mas interesado que tú en que la egecucion tenga pronto y cumplido término... Levánta, pues, la mortífera cuchilla; descarga el funesto golpe, y llévale mi cabeza al tirano maldecido del Profeta.

El oficial mahometano cogió la cuchilla, y aunque con repugnancia se dispuso á cortar la cabeza del principe; pero el alcaide se retiró diciendo:

—No quiero presenciar este acto de barbarie.

Mas una inesperada gritería se oyó de repente en el castillo.

—¡Clemencia! ¡clemencia! ¡Alá es justo! ¡Alá es justo!

Y entraron de tropel muchos musulmanes, que echándose á los pies de Yussef, declararon que ya no habia necesidad de egecutar el sacrificio.

—Escucha, principe afortunado, exclamó uno de los de la alborotada comitiva; tu hermano Mohammed acaba de espirar. En sus instantes postreros pedia á gritos tu cabeza, que supimos mandó por ella á Ahmed su oficial; reclamando tu cabeza murió, y nosotros nos hemos precipitado para evitar la desgracia y para que recibas el pleito homenaje de los musulmanes que te han proclamado rey en Granada.

Dicho esto, todos besaron la mano á Yussef como á su nuevo soberano. El alcaide creyó morirse de alegría. El mensagero no cesaba de dar gracias al cielo, y el nuevo rey apenas podía concebir tan extraordinario cambio de fortuna.

Subió al trono bajo el nombre de Yussef III, y este principe que habia pasado trece años en la escuela de la adversidad, fué prudente y paternal, y en cuanto pudo procuró siempre la felicidad de sus vasallos. Murió en 1424, y con él terminó la tranquilidad del reino granadino.

I. A. BERNEJO.

VISTAS DE ESPAÑA.



Casa árabe en el Alcaide de Granada.

ESTUDIOS MORALES.

UNA VIDA DE PADECIMIENTOS

Y UN CUARTO DE HORA DE ALEGRIA.



§ I.

UN SUICIDIO.

Os engañais si buskais en la tierra mas que padecimientos, por que la vida de los mortales está rodeada de cruces, y es una série continua de miserias.

Estad persuadidos de que la vida no es otra cosa que una muerte continua.

He aquí por qué acontece con frecuencia, que si Jesucristo aparta momentáneamente su vista de los hombres, ó los abandona, murmuran ó caen en el abatimiento mas profundo.

Imitacion de Jesucristo.

Es necesario haber habitado en Flandes, para formarse una idea exacta del aspecto desolador que presenta aquel pais á fines de otoño, cuando una fria y abundante lluvia cae incesantemente durante semanas enteras. El hermoso azul del cielo se halla siempre cubierto por densas y opacas nubes que esparcen sobre la tierra una luz sombría; el viento muge con violencia á través de los árboles, cuyas desnudas ramas agita; y por los caminos trasformados en torrentes, corre con rapidéz una agua cenagosa. Esta atmósfera húmeda que contrae los nervios y hace arrugar la frente, postra y entristece á la imaginación mas indolente y festiva. Todo se encuentra allí marcado con el sello de una profunda melancolía. Los ganados se tienden descuidadamente sobre el estiércol de sus establos, y ven llegar la hora del pienso con la mayor indiferencia, mientras sus amos permanecen ociosos y taciturnos junto al hogar ó chimenea en donde arden chispeando los troncos de algunos arbores. Hasta las mugeres atemorizadas con el ruido del huracán que mueve las ventanas y amenaza derribarlas, descuidan los trabajos domésticos que procuran hacer mas llevaderos, entonando alguna de aquellas baladas tradicionales que aprendieron en su infancia; por último, las puertas se cierran muy temprano y se quitan las cadenas á los perros; porque en una estacion en que á las cuatro de la tarde ya es de noche, y en que los caballos de la gendarmeria no pueden arriesgarse impunemente á atravesar los caminos por hallarse impracticables, los malhechores se aprovechan de tan favorables circunstancias para acercarse á las casas de campo, y espiar el momento oportuno de penetrar en ellas con la segur en la mano. Así es que de cuando en cuando la noticia de un asesinato ó de un incendio, llega á difundir el terror y la desconfianza entre aquellos pacíficos y sencillos habitantes: entonces se aumenta el número de los cerrojos

y se limpia el mohoso arcabuz, que dos gruesas escarpas tienen suspendido sobre la chimenea, entre algunos platos de estaño de forma antigua.

Era ya á fines de otoño; la noche habia cerrado con grande oscuridad, y la lluvia caia con violencia; los caminos, convertidos en arroyos, acarreaban con estruendo grandes masas de turbia agua, y sin embargo, un hombre como de edad de cuarenta años próximamente, guiaba con la mayor indiferencia un pequeño carruaje, del que tiraba con mucho trabajo un flaco y trashijado caballo. El carruaje se componia de dos partes muy distintas; la anterior la formaba una especie de cabriolé, y detrás habia una enorme caja tan alta como aquel, destinada sin duda para colocar en ella mercaderias. Una linterna, fija en uno de los costados del carruaje, esparcia por intervalos su pálido resplandor sobre el rostro del viagero, y mostraba furtivamente su enérgica fisonomía y su entrecejo contraído por algun pensamiento funesto.

En efecto, el pobre hombre, á pesar de una obstinada lucha con la fatalidad, por uno de esos reveses inesperados que desconciertan las mas prudentes y mejor dispuestas combinaciones, acababa de perder todo lo que poseia en el mundo. Habia llegado el día anterior á la aldea de Leyendorp, é inmediatamente se puso á desempaquetar en el granero de la posada los objetos de vidrio y de quincalla que contenia su carruaje. Todo le hacia presagiar una escelente y lucrativa venta al día siguiente, y se quedó dormido con la alhagüena esperanza de llevar á su casa una buena suma si permanecia algunos dias en Leyendorp, cuando de repente hirió sus oídos el siniestro grito de fuego, fuego, y se levantó con precipitación medio desnudo. El granero que contenia sus mercancias, ardía y elevaba hasta el cielo un torbellino de impetuosas y enrojecidas llamas. A duras penas pudo salvar de aquel desastre su vacio carruaje y su caballo; vióse, pues, reducido á la necesidad de volver á emprender su camino arruinado y con la muerte en su corazon. He aquí el motivo por que dejaba marchar á su caballo á la ventura, sin dirigirle mas que por un movimiento maquinal de las riendas, y por que tambien fruncia sus cejas con una expresion tan sombría y desesperada.

—Mi regreso á casa, decia, será bien triste; mi madre, mi esposa y mi hijo, cuentan los dias que todavia me separan de ellos, y diran: ahora da principio á la venta y hace buen negocio; dentro de ocho ó diez dias volverá con la bolsa bien provista, y pagará las deudas que le han hecho contraer tres meses de enfermedad, que le han impedido el poderse dedicar á su comercio. ¡Maldicion!... mañana, mañana me verán regresar sin una dobla, arruinado, entrampado y próximo á ser conducido á una prision, por que el usurero que me ha prestado tres mil escalines con condicion de devolvérselos en tres semanas, no me hará ninguna gracia. ¡Dios mio, Dios mio!... ¡Qué desdicha! ¿qué os ha hecho Nicolas Dew, para que le trateis con tan estremado rigor?

¡Y no hay medio de salir de esta horrible posicion!... No me resta ya ningun recurso. Deudor de una considerable suma, ya no encontraré nadie que quiera socorrerme. ¿Cómo me he de resignar á condenar á mi fa-



milia á la miseria y la infamia, y á verme sumido en la prision de los ladrones y de los fallidos?

No, gritó de improviso, con la energia y el acento de la desesperacion; no, no iré á la cárcel. Si no puedo ya ser útil á mi muger y mi hijo, si no he de servir mas que para cubrirlos de ignominia, pondré término á las miserias que hace tiempo me abruma. Moriré.

Y dió un fuerte latigazo á su caballo, que con inseguro y lento paso caminaba por la meseta de un profundo barranco.

Asustado el animal, se detuvo de repente, y no quiso avanzar á pesar de las amenazas y latigazos de su amo. Durante esta lucha, el carruaje retrocedió, la orilla de la meseta humedecida con las lluvias se desplomó, y el hombre, carruaje y caballo, cayeron con estruendo en el fondo del barranco por donde corría un caudaloso torrente.

El carruaje se hizo astillas, y las olas del torrente arrastraron el mutilado cadáver del caballo.

Pero el hombre, con un brazo roto y magullada la cabeza, en aquel terrible peligro, sintió renacer el amor á la vida de que no hacia mucho queria desembarazarse, é hizo esfuerzos para salvarse.

Consiguió al fin con mucho trabajo llegar á la orilla; pero reblandecida y escurridiza esta, no pudo asirse, y la violencia del agua, superior á sus fuerzas, arrebató al desventurado en la corriente. Bien pronto quedó sin movimiento, se hundió debajo del agua, volvió á aparecer dos veces y se sumergió nuevamente, hasta que por último detuvo su cadáver el tronco de un árbol que osbtruía el paso del torrente y contra el cual se estrellaban las espumosas olas.

§ II.

UNA MADRE EN LA AFLICCION.

Grande, grandioso es el poderse pasar sin consuelo divino ni humano, y el sufrir con buen ánimo por honor de Dios, esta especie de destierro en que se encuentra el corazón. Aprended á dejar por amor de Dios, el amor mas necesario y mas querido, y no os aflijas el perder una persona amada, sabiendo que es forzoso el que nos separemos unos de otros.

Imitacion de Jesucristo.

Al dia siguiente salió el sol con un cielo despejado, y los reflejos de su luz brillaron en los humedecidos techos de una casita de Leyda.

Las tres mugeres que habitaban aquella casa y á quienes habia costado sumo trabajo dormirse con el ruido de la tempestad, abandonaron por fin su lecho, y cuando vieron el azulado cielo y los rayos del sol, esperimentaron cierta sensacion de alegría parecida á la que tuvo Noé en el arca, cuando la paloma le llevó el ramo de oliva. Debemos añadir, que ademas de la hermosa mañana que se presentaba despues de tantos dias nebulosos, otra satisfaccion dilatada su corazón y daba animacion á sus rostros. La abundante lluvia de la víspera, habia llenado tres enormes toneles colocados debajo de los canalones, y habia provision, lo menos para tres semanas, de la mejor agua para poner en legía la ropa, sin contar con que se aborrraria mucho mas jabon que con el agua de pozo ó de cisterna. Así es que la nueva de tan importante economía fué la primera noticia que reciprocamente se comunicaron con risueño semblante.

—Las tres cubas están llenas, dijo la buena Nell á su

ama, que todavia estaba en la cama y que daba de mamar á una hermosa niña de cinco meses, de quien no apartaba su mirada maternal.

—Las tres cubas están llenas, madre, repitió la jóven á una señora ya de alguna edad, que se dirigió á abrazarla, y que hizo la misma caricia á la niña.

Esta miró con sus rasgados ojos azules á su abuela, y pareció que se sonreía sin que por eso dejase el seno de su madre.

—Ya lo sé, Garitta, ya lo sé, porque me he despertado muchas veces esta noche y he oído de continuo el ruido de las canales. Bueno, decia yo para mí, todos estamos abrigados y calentitos nosotros aquí, y mi hijo en Leydorp. Bendito sea Dios y esta lluvia, con tal que no cause daño á nadie, pues ahorrará mucho trabajo á Nell y nos proporcionará una ropa muy blanca. ¿Y Gerardo, duerme todavia? preguntó levantando la cortinilla que tapaba la ventana de un gabinetito.

—Duerme y con el mas profundo sueño desde ayer á las seis; el pobre niño ignora que durante este tiempo ha habido una tempestad que habrá causado muchos estragos. Gerardo... Gerardo...

—¿Qué quiere vd. abuela? contestó por fin con voz todavia adormecida un niño de doce años.

—Ya son las ocho, repuso aquella, acompañando su mentira con un signo de malicia, hoy llegarás muy tarde al taller.

—¡Las ocho! ¡las ocho! me van á reñir: y el niño saltó precipitadamente de la cama.

—No te apures tanto, Gerardo, tienes aun tiempo para vestirme despacio y desayunarte, porque no son mas que las seis y media.

—Abuelita, siempre me esta vd. engañando.

—Sin duda por eso no has querido venir á abrazarme ni á tu madre, ni á tu hermanita.

—Perdon, abuelita; pero es preciso que se haga vd. cargo que si llevo tarde al taller me reprende el maestro Rembrandt. Por el contrario, cuando madrugo, su hermana la bondadosa señorita Luisa, me dice siempre: mirad á Gerardo, que es el mas exacto de todos nuestros aprendices, y esto me complace mucho.

Mientras estaban la abuela y el nieto entretenidos con esta conversacion, la robusta Nell abria la puerta de la tienda y limpiaba las baldosas de ella con un trapo empapado en agua.

Al primer golpe de vista, nadie podria designar fácilmente cual fuese el verdadero ramo de comercio á que se dedicaban los propietarios de aquella tienda, en que se encontraban acinados mil objetos contradictorios. Para salir de dudas era necesario leer la muestra colocada sobre la entrada, en la que gruesos caractéres de un dorado ya sucio decian:

Nicolás Dow, comercio de vidrio y merceria.

A pesar de este rótulo, el vidrio era lo que menos se encontraba en aquella tienda, en cuyos escaparates se veía quincalla y cien cosas mas como almillas y otros varios artículos de lenceria.

La tienda de Nicolás Dow, dirigida por su madre y su muger, gozaba de gran reputacion en Leyda, por lo arreglado de los géneros y su buena calidad, y por que hacia ya mucho tiempo que todos acostumbraban á surtir de ella, y á conversar con la señora Dow, escelente muger sexagenaria, que estaba al corriente de cuantas novedades ocurrian en la poblacion; y que solo pedia un poco mas por los objetos de su comercio, para dejar á los compradores el placer de hacer alguna ligera rebaja.

Esta señora se presentaba siempre en su tienda con una papalina muy limpia que cubria sus encanecidos cabellos colocados segun la moda del pais. Agradable, habladora y atractiva, servia á sus parroquianos con una agasajadora vivacidad que en nada la molestaba á pesar de su gordura algun tanto desarrollada. Si faltaban

compradores aunque fuese por algunos instantes, la señora Dow abandonaba el mostrador y se colocaba al umbral de la puerta, para ver lo que pasaba en la ciudad, saludar á los que transitaban por la calle y conocía (que eran muchos), y si era posible entablar conversacion con ellos. Aun cuando la tienda estuviese llena de gente, si se oía algun ruido en la calle, al punto corría á la puerta para enterarse de lo que ocurría, y con igual presteza volvía á ocuparse en su comercio, y contaba cuanto habia visto á sus parroquianos no menos curiosos que ella.

Estaban dando las nueve: ya hacia largo tiempo que el jóven Gerardo habia marchado á su obrador: su madre, despues de dormir á la niña, ayudaba á Nell en los preparativos del jabonado; y ya se encontraban en la tienda cinco ó seis compradores que habian sucedido al primero que visitaba á la señora Dow, con cuya moneda segun su piadosa costumbre, se habia persignado devotamente la comerciante, cuando de repente se oyó un ruido sordo é inusitado en la estremidad de la calle, que parecia producido por un gran número de personas, porque se sentían muchas pisadas, y exclamaciones que todavia no podían percibirse indistintamente.

En un abrir y cerrar de ojos, la señora Dow que estaba almorzando, dejó el mostrador, y dirigió sus miradas hácia el lado por donde venia la gente; mas como el sol la daba de lleno en el rostro, tuvo que formar con su mano una pantalla que la permitiese divisar fácilmente los objetos.

—¡Dios mio!... ¿á donde se dirige esta gente? llevan unas parihuelas cubiertas con un paño. Vienen por este lado; bueno, con eso quedará satisfecha mi curiosidad.

En esto un individuo salió del grupo, y se dirigió hácia ella.

—Buenos dias, amigo; ¿como está vd. tan pálido? éntre vd. y tome asiento.

—Señora Dow ¡pobre señora! exclamó suspirando aquel hombre, despues de hacer una seña al acompañamiento para que no avanzase mas.

El corazon de la anciana se comprimió, sin saber por qué, y se apoderó de ella una vaga inquietud, aunque estaba bien convencida de que no podia amenazarla ninguna desgracia.

—¿Que tiene vd., amigo? hable vd. ¿qué le ha sucedido?...

—¡A mí!... nada, pero á vd., querida señora...

—¿A mí?...

—Silencio: es preciso preparar á su hija de vd. para esta funesta noticia: está criando, y podria causarla la muerte; tenga vd. fortaleza por las dos. Su hijo de vd...

—¡Mi hijo!...

—Es el que traemos.

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo herido!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... y tal vez peligrosamente!... Corramos...

—Deténgase vd., deténgase vd...

—¡Porqué me he de detener! ¡ha muerto!...

Y cubierta de una palidez cadavérica, se desasíó de los brazos de aquel hombre y corrió hácia el grupo. A su presencia la multitud se retiró respetuosamente.

La pobre anciana, marchó directamente á las parihuelas, tiró del paño que cubria el magullado é inanimado cuerpo de su hijo, y le estuvo mirando sin derramar una lágrima, ni exhalar un solo gemido.

Hay desesperaciones en que no se llora.

Su vista permanecía fija é inmovil; cerraba sus manos convulsivamente, y sus dientes crujían con violencia: iba quizás á sucumbir, cuando el cura de la parroquia, que acababa de llegar al sitio en que se representaba tan desoladora escena, se acercó á aquella desventurada madre, la tomó de la mano y la dijo al oído:

—¿Y la nuera?... ¿y los nietos?...

Le miró, y se deslizaron de sus párpados dos lágrimas á lo largo de sus arrugadas mejillas.

—Voy allá, dijo por fin, y dando algunos pasos se detuvo.

—Jamás, gritó, jamás podré decirle eso!...

Durante este tiempo, la jóven curiosa como todas las personas que pasan una vida monótona y solitaria, acudia como los demas, á saber qué era lo que atraía tanta afluencia de gente. Lo inminente del peligro, restituyó á su suegra la fortaleza, y presencia de animo.

—Garitta, dijo, ven, este no es tu sitio.

La condujo á la trastienda, y allí desecha en llanto se precipitó en los brazos de la desgraciada esposa.

—¿Ha sucedido algo á mi marido?... balbuceó esta desmayándose.

Cuando volvió en sí, el cura y Nell la prodigaban llorando diferentes auxilios, y su suegra la presentaba á su niña en la cuna, y á Gerardo que sollozaba.

—¡Ay! exclamó; todavia me queda algo en el mundo.

Y por un movimiento que participaba mucho del delirio, presentó su pecho á los labios de la niña.

Mas el dolor habia agotado repentinamente la leche.

—¡Ni madre ni esposa!... Ya no soy nada, nada ¡Dios mio! prorrumpió entre sollozos la infeliz criatura, con el rostro encendido por la calentura, los ojos desecados y los labios temblorosos y secos. ¿Queréis llevarme á mí tambien, Dios mio!

De pronto tomó á sus hijos en sus brazos y los estrechó contra su seno convulsivamente.

—¡No quiero morir, no quiero dejaros! ¡veros huérfanos seria horrible! ¡pobres niños, sin padre ni madre!... ¡Ah! no quiero que seáis huérfanos.... Ved ahí un hombre que quiere arrebatármelos.... no lo conseguirá.

Y de pie sobre la cama, medio desnuda, suelto el cabello, se resistía y amenazaba al médico que se acababa de llamar.

Este tomó silenciosamente el pulso á la enferma, puso su mano sobre la ardorosa frente de aquella, recetó algunos medicamentos, ofreció volver pronto y salió con el párroco.

—Temo mucho, le dijo, que la demencia de esa muger no pueda curarse.

§ III.

SIN ASILO.

No hay nadie en quien pueda depositar mi confianza, ni que quiera socorrerme en mis necesidades, si no solo vos, Dios mio!

Imitacion de Jesucristo.

Efectivamente, la pobre Garitta se volvió loca.

Sentada todo el día junto á la ventana de su habitacion, aguardaba siempre el regreso de su marido; cantaba, hilaba y no conocía á nadie, ni aun á sus mismos hijos. Si Gerardo se acercaba á ella, le miraba atentamente, le apartaba de sí sin dar muestras de enfado, y se asomaba á la ventana; si lloraba ó daba gritos su niña, procuraba no oírlos alzando su voz cuanto la era posible. Por lo que hace á su suegra, la obedecía pasivamente, casi del mismo modo que una máquina obedece al impulso que se la comunica, pero sin inteligencia ni conciencia de lo que se la mandaba hacer; por último, no recordaba mas que una palabra que solia repetir de intervalo en intervalo, con áspera y monótona voz, especialmente cuando tenia hambre.

—¡Felicidad!

Fácilmente puede comprenderse cuán intenso seria

el dolor de la señora Catalina Dow, viéndose así, por un golpe funesto é inesperado, privada de sus dos hijos.

—Señor, Dios mío!... dijo al día siguiente del entierro de su hijo, á la criada Nell, cuyos entumecidos é hinchados ojos estaban siempre llenos de lágrimas; ¿cómo nos vamos á arreglar, hija mía, para tener cuidado de la tienda, para criar á la niña con el biberon, como lo estamos ejecutando hace dos días? Para atender á la pobre Garitta, para ocuparnos de Gerardo y pagar mensualmente su maestro de pintura?... Dios se muestra muy severo con nosotras, pero cúmplase su santísima voluntad..... Si al menos tuviese yo ahora la fuerza que en mi juventud, cobraría ánimo....

—Por Jesus, señora, no desmaye vd. ¿No es vd. fuerte y se muestra ágil y robusta como yo? Gerardo es ya un hombre que sabe irse solo á casa de su maestro, y que segun dicen se encuentra tan adelantado en la pintura, como los que llevan mucho mas tiempo de aprendizaje. Ea, yo trabajaré un poco mas, y por la noche llevaré la niña á mi cuarto y la colocaré á mi lado para que no dispierte á vd. con su llanto, porque vd. tiene mas necesidad de dormir que yo. Y pues Dios en último resultado no nos abandonará, segun dice el señor cura.... Pero llaman á la puerta, señora, ¿quién será el que venga á comprar tan temprano?... Es el señor Rusconnetz. Entre vd., la señora Catalina se está acabando de peinar y baja al momento.

—Quería hablarla á solas.

—Entonces pase vd. á la trastienda y aguarde vd. un poco que voy á darla prisa.

Rusconnetz era un hombre de una obesidad monstruosa, á quien el menor movimiento hacia dar resoplidos; se dejó caer sin cumplimientos en el sillón de la señora Catalina Dow, y se limpió el rostro. Había en la libertad y familiaridad de sus modales un cierto aire de toma de posesion.

—Disimuladme que os haya hecho esperar, señor Rusconnetz, dijo Catalina Dow, saludando con cuanta presteza le era posible, y atándose la cinta de su gorra.

—Señora Catalina, respondió el corpulento personaje, obligado á interrumpir cada palabra para respirar estrepitosamente. Tengo que hablaros de un asunto grave, y debéis estar agradecida por haber aguardado hasta hoy respetando vuestro dolor.

—¿De que se trata, señor Rusconnetz?...

—Ved aquí un recibo de vuestro hijo, en el cual confiesa serme deudor de tres mil escalines que se obligó á satisfacerme en el término de tres semanas, es decir, ayer, vengo, pues, á reclamar el pago de esta suma.

—Tres mil escalines!... ¡tres mil escalines!... exclamó la señora Catalina con un terror que se concibe muy bien.

—Tres mil escalines!... repuso el usurero soplando, y con un tono de voz impasible.

—Escuchad, señor Rusconnetz, mi hijo os debía, y yo os pagaré, pero concededme algun tiempo. Cada semana os entregaré una pequeña suma, si, todo cuanto me quede despues de cubrir los gastos mas indispensables de mi familia: de este modo, poco á poco ireis cobrando hasta el último maravedi; os lo juro.

—Ayer era el día del vencimiento del plazo estipulado, mi señora Catalina, si no recibio hoy mismo mi dinero, mañana haré embargar vuestros muebles y vuestra tienda.

—¡Oh!... No lo hareis, señor Rusconnetz, no lo hareis ¿no es verdad?... ¿Qué quereis que haga yo en una avanzada edad, con dos niños y mi pobre hija que ha perdido la razon?... Señor Rusconnetz, por piedad...

—Me son bien conocidos los productos de vuestra tienda, y los gastos que exige vuestra posicion actual: no me podeis dar un escalin por semana, y yo tengo también que mantener mi familia y mis hijos. Soy vuestro

servidor, señora Catalina, y esta tarde el dinero, á mañana el embargo.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿qué haré!... ¿qué será de nosotros, hijos míos!... ¡pobres hijos míos!... Mañana nos quedamos sin recursos, sin pan, sin asilo, y reducidos á implorar la caridad pública. Dios y Señor mío, tened piedad de nosotros.

Es necesario que cada uno se resigne con su suerte, dijo entre sí, despues que pasa la primera crisis de desesperacion y abatimiento: es preciso evitar que mis muebles se vendan á mi puerta públicamente, como se hace con los bribones. Jamás ha habido embargos en mi familia, y yo no hede ser la primera que delugar á ellos. Voy á avistarme con el procurador de Rusconnetz y á decirle que le hago á ese hombre cesion de todo; no me quedará mas que con un poco de lienzo para mí y mis hijos. Todavía conservo mis pendientes de diamantes, venderé esta preciosa herencia de mi familia, que bien vale cien escudos, y con esto procuraré rehacer mi comercio. Dios que me somete á tan duras pruebas, no me abandonará.

Salió inmediatamente y fué al procurador, el cual á pesar de su profesion, se sintió conmovido y quedó admirado de tanta resolucion y probidad deseoso de serla útil.

—Escuchadme, la dijo, llevándola á la partemas retirada de su despacho; escuchadme, señora Catalina, quizá haya medio de arreglar este asunto. Juradme únicamente que jamás revelareis quien os lo ha indicado.

—Decidme cual es ese medio, y me dareis el unico consuelo que puedo experimentar en este mundo.

—Atended: cuando murió vuestro marido Nicolás Dow, ¿formásteis un contrato de asociacion con vuestro hijo?

—Para qué, puesto que no tenia otro mas que él.

—Muy bien: segun recuerdo ni aun se mudó la muestra de vuestro establecimiento.

—Era un gasto inútil, pues que mi pobre hijo tenia el mismo nombre que su padre.

—Tanto mejor; las deudas de vuestro hijo no os pertenecen; ha muerto arruinado; peor para sus acreedores: no estais obligada á reconocer y pagar sus deudas.

—Pero quedará deshonrado el nombre de mi hijo.

El procurador la miró estupefacto.

—Oiré continuamente decir, «su hijo era un mal hombre». Prefiero la miseria, y que mis hijos se queden sin pan. A Dios, señor mío.

Y se volvió á su casa con el corazon traspasado de dolor, pero decidida á llevar adelante su noble designio.

Cuando entró en su habitacion, la quedaba que consumir otro sacrificio: llamó á Nell, le participó las desgracias que la oprimian, y la dijo llorando que buscara otra ama.

—¿Habeis podido creer que me separaria de vos?...

¿Habeis podido pensar que tendria valor para abandonaros en el infortunio, y cuando mas me necesitais?... Me juzgais muy mal, y no imagino haber merecido que me trateis de esta manera. ¡Abandonaros!... ¡ah! nunca, aunque me lo mandeis, y aunque me pongais en la calle. Soy fuerte, jóven y tengo brazos: trabajaré, me haré lavandera, y ganaré para mi sustento y para hacer algun ahorrito: cuando no tenga ropa hilaré, coseré: pero separarme de vos, no, jamás.

Y estas dos mugeres se abrazaron anegadas en llanto.

Al día siguiente por la mañana, cuando se presentaron con Rusconnetz los dependientes del tribunal de justicia solo encontraron á Nell, que les entregó la escritura de completa cesion de la tienda, en pago de la deuda de Nicolás.

Al rayar el alba, la pobre sexagenaria Catalina, habia salido, llevándose sus nietos, y á la demente que repetia la única palabra que recordaba, ¡felicidad!... ¡felicidad!...

§ IV.

DIOS AL CABO.

Dios visita con frecuencia al hombre; conversa dulcemente con él, le llena de agradables consuelos, y le da una paz profunda.

Poned vuestra confianza en Dios: que sea el único objeto de vuestro temor y de vuestro amor: él velará sobre vosotros y convertirá las cosas en vuestro provecho.

Imitación de Jesucristo.

Ahora es necesario dejar trascurrir quince años, y trasladarse á otro barrio de Leyda, mas pobre, y habitado exclusivamente por artesanos.

Allí se encuentra todavía la muestra de la antigua tienda de la señora Catalina Dow.

Nicolás Dow comercio de vidrio y mercería.

Pero ¡ay! aquella muestra no es mas que una humilde tabla negra y mezquina, cuyas letras trazadas no con oro sino con un color amarillo, manifiestan por su irregularidad, que son obra de un pintor poco hábil. Por lo que hace á la tienda se oprimía el corazón dolorosamente si se comparaba á la que Catalina Dow, poseía quince años antes en el mejor barrio de la ciudad.

Otra alteracion no menos triste se observaba en los vestidos de Nell y de su ama, no por que estuviesen menos limpios, sino porque innumerables zurcidos daban á conocer á los que de cerca los examinaban, lo antiguo de la tela, y la perseverante laboriosidad de las dos mugeres en luchar contra aquella decadencia. Por lo demas, la señora Catalina, se mantenía como en tiempos pasados detrás de su mostrador, y acudía á mirar desde la puerta los menores incidentes que ocurrían en la calle. Nell, á quien quince años mas habian hecho una de esas mugeres robustas, cuyas atléticas formas solo se encuentran en Flandes, era como siempre sumisa y respetuosa con su señora. Únicamente, en vez de colocar su torno en la trastienda, hilaba en la tienda misma al lado del sillón de su ama; para esta innovacion habia otra razon que la igualdad establecida por el infortunio entre Catalina y su criada; y era que el humilde almacén solo se componía de una piececita y no tenia trastienda.

Cerca de Nell, hacia calceta una jóven de extraordinaria belleza, con la cabeza baja, y los ojos humedecidos de lágrimas.

Detrás de ambas, se veía á Garitta sentada negligentemente en un sillón, con la somnolencia que la era habitual.

De repente la jóven se estremeció y puso pálida; habia sentido el ruido de unos pasos que no le eran desconocidos, y un jóven cruzó con ligereza por delante de la puerta de la tienda: le agitaba una emocion tan viva, que apenas pudo con temblorosa mano quitarse el ancho sombrero que cubría su cabeza.

Nell y su ama se dirigieron mutuamente una mirada compasiva, y suspiraron á un tiempo. La jóven no pudo reprimir sus sollozos. Solo la loca permaneció impassible.

La señora Catalina y Nell salieron algunos pasos á la calle, para que la jóven no pudiera oír su conversacion.

—Señora Catalina, dijo Nell, está parte el corazón... pobres jóvenes....

—Sí, Nell, no nos faltaba mas que este pesar.

—Sin embargo, señora, hemos sufrido muchos y de toda especie. Desde hace quince años que vinimos á establecernos en esta tienda, con el precio de vuestros pendientes de diamantes; ¡cuanto hemos tenido que trabajar, y cuántas privaciones, inquietudes y miseria que soportar!... Porque con el producto de una tiendecilla como esta, y en semejante barrio, no era fácil que pudiesen sostenerse cinco personas, y una de ellas en el estado en que se encuentra esa desgraciada, y señalaba á la demente que continuaba durmiendo. Habiéis conseguido el atravesar esta situacion difícil, y nuestra jóven señorita es la mas hermosa y mejor educada de la ciudad; pero es una fatalidad que no tenga dote, porque harían una preciosa pareja Trea y el jóven Mieris, que la ama tanto, y al que no habéis querido permitir que venga á visitarnos.

—¿Podía yo consentirlo, Nell, cuando su familia es la mas rica de Leyda, y cuando su padre, primo del burgo-maestre, ha dicho públicamente que yo atraía á su hijo á mi casa, pero que jamás consentiría que Jacobo se enlazase con una jóven tan pobre como Trea?

—No; pero por eso no deja de desgarrarse el corazón al ver cuanto sufren los dos jóvenes.

—Dios quiera, Nell, que no la amenace otra desgracia todavía mas funesta que su amor, porque hace ya cerca de un año que no tengo noticias de Gerardo, que como sabes van á cumplirse cuatro que marchó para perfeccionarse en la pintura. Nunca ha dejado pasar tanto tiempo sin escribirnos. Si le habrá ocurrido algo!...

—¿Y por qué abrigáis semejante pensamiento?

—Una cosa me hace concebir mayores temores que su silencio, Nell, y es que ya no me envía, como lo hacia de cuando en cuando, alguna pequeña suma para ayudarnos á vivir, y especialmente para pagar los intereses de los trescientos ducados que le prestó el maestro Rembrandt cuando emprendió su viaje. Sabe muy bien que me es imposible satisfacer por él estos intereses, y sin embargo ha llegado ya el día del pago, y nos encontramos sin el dinero.

—Mirad al maestro Rembrandt que viene sin duda á reclamar su crédito, señora.

—¡Dios mío!... Dios mío!... qué hemos de hacer!...

Efectivamente, el gran pintor que no se desdenaba de ser usurero, se dirigía hacia la tienda de la señora Catalina; pero su fisonomía naturalmente poco agradable, no anunciaba nada siniestro, y una sonrisa que trataba de contener, entreabría sus encarnados y delgados labios.

—Dios os guarde, señora Catalina, dijo quitándose el sombrero, y á vos tambien, Nell, sin olvidaros tampoco, hija mia, continuó, levantando la cabeza de Trea, para darla un beso en la frente.

¿Y qué!... ¿todavía y siempre lágrimas?

—Y bien, señora Catalina, dijo sentándose sin ceremonia en el sillón, ¿tenemos noticias de mi discípulo Gerardo?...

—¡Ay! no, maestro Rembrandt, y estoy sumamente disgustada... ¿Cómo está vuestra amable y hermosa hermana Luisa? Se apresuró á añadir procurando variar la conversacion, é impedir á su acreedor que hablase de dinero.

—Pues entonces, tendré que pasarme sin metálico, señora Catalina, interrumpió el pintor, que comprendió la astucia de la infeliz, y que la desconcertó con aquella contestacion brusca.

—Si quisiérais esperar algun tiempo, mi buen maestro Rembrandt.

—Escuchad; me conformo, pero exijo servicio por servicio: necesito esta casa y es preciso que me lacedais inmediatamente con tienda y todo.

—Madama Catalina dirigió en derredor suyo una mirada de terror.

—¡Cedéroslo, maestro Rembrandt!... ¿y que va á ser de nosotros?...

—Os llevaré á otra casa en donde podreis continuar vuestro comercio tan ventajosamente como aquí. Dadme el brazo y colocaos en este otro lado, mi amable Trea; ven tú tambien, Nell... porque al cabo si mi cambio no os agrada, quedais en libertad de volveros, añadió, al ver el dolor de las tres mugeres.

—Y mi pobre señorita! preguntó Nell, señalando á la enferma.

—Traela, Nell, y marchemos.

Pusiéronse todos en camino, las mugeres con grande ansiedad, y Rembrandt con la sonrisa en los labios.

Pasados diez minutos se encontraron en frente de la antigua casa de la señora Catalina, y esta quedó altamente sorprendida al ver aquella tienda, de que se había hecho una taberna, trasformada entonces en un almacén de géneros.

Luisa, la hermana de Rembrandt, estaba á la puerta y salió al encuentro de Catalina y de Trea, á quienes abrazó con la mayor ternura.

Las pobres mugeres creían que soñaban y no podían comprender lo que veían.

—Ahora bien, dijo Rembrandt; ¿os conviene mas esta tienda que la otra?

—No os burleis de mí, eso me haría morir de gozo.

—Si os acomoda la tienda, veamos la pieza inmediata.

Se abrió la puerta y un joven, Gerardo Dow, salió y se precipitó al cuello de su abuela y de su hermana.

Rembrandt y Luisa no pudieron contener las lágrimas al ver el júbilo de aquella familia honrada.

—¿Y á mí, dijo por fin Nell sollozando, á mí no me decis nada, Gerardo?

—A ti también, mi buena, mi fiel, mi desinteresada Nell, á ti igualmente.

Y las mejillas del joven resonaron con los enérgicos besos de la criada.

—Aun no se ha concluido todo, Gerardo, hijo mío, y he aquí uno á quien debe llegarse su turno, interrumpió Rembrandt entrando en la trastienda con un joven ruborizado, confuso y cuyo aspecto hizo bajar los ojos á Trea.

—Jacobo, hijo mío, todo el mundo se abraza, abraza también á vuestra prometida, continuó el viejo pintor impeliéndole hacia Trea. Nell, preparáenos una buena comida, una verdadera comida nupcial, por que esta tarde vienen los padres de Mieris, á pedir para su hijo la mano de esta linda joven. Todo esto os parece un sueño ó magia, señora Catalina, ¿no es verdad? y á ti también, Nell, que abres los ojos cuanto puedes. Estoy seguro de que me tienes por hechicero; pero si hay alguno,

no soy yo ciertamente. Vedle aquí, Catalina, es Gerardo Dow, en otro tiempo mi discípulo y ahora mi rival. Gerardo cuyo mas pequeño cuadro se paga á peso de oro; Gerardo cuyo nombre repite con justa admiración no solo Flaundes sino toda la Europa. Es un excelente pintor, y lo que todavia es mejor, un hijo respetuoso y un tierno hermano, lo cual es bastante raro. ¿No es así, Luisa?

—Tierno como vos, hermano mío.

—Yo no lo soy siempre, Luisa; con harta frecuencia tengo mis malos ratos, mis dias de melancolía y de mal humor; pero ahora me siento enternecido, porque estas buenas gentes me han devuelto la mas santa y la mas suave de las creencias; la de la virtud.

De improviso se deja oír un quejido; la blanca é imponente figura de la demente Garitta se pone en pie y aparece como un fantasma entre todos aquellos seres afortunados que la habían olvidado.

Dirigió en derredor suyo torvas miradas, pero sin conocer nada, y despues balbuceó su palabra habitual.

—¡Felicidad!... ¡Felicidad!

Todo volvió á quedar triste y sombrío.

—¡Felicidad!... ¡Felicidad!... repitió la demente extendiendo los brazos.

Rembrandt se puso pálido y un pensamiento blasfemo hizo bajar sobre sus brillantes ojos los anchos y negros párpados.

Despues dirigió sus miradas á las enflaquecidas facciones de Dow, que llevaba dolorosamente una mano á su pecho, cuyos padecimientos suspendidos momentáneamente, renovaban tantas y tan fuertes emociones.

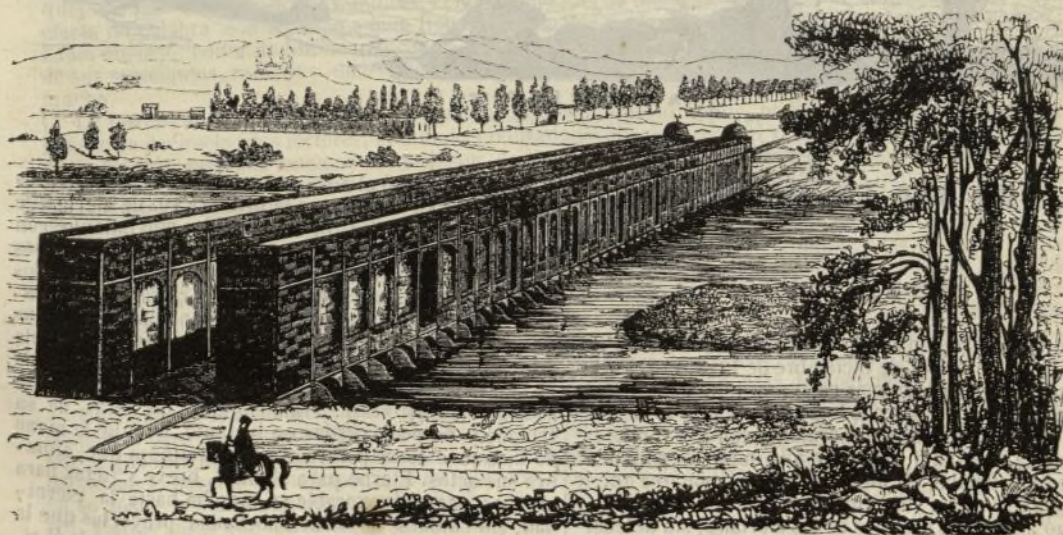
—Luisa, dijo con desesperación á su hermana, á quien condujo al otro extremo de la tienda, ¿qué quedará bien pronto á esta muger cuya hija es loca, y cuyo nieto atacado de una tisis cruel, tiene contados los dias de su vida? (1)

—Una vida pura, y Dios, contestó la joven.

ENRIQUE BERTOUD.

(1) Gerardo Dow murió en efecto á la edad de 50 años: su mejor cuadro es el de la *Muger hidrópica*, por el que pagó el rey de Cerdeña 120,000 rs.

MONUMENTOS ESTRANCEROS.



Puente de Isphahan en Jalfa.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.



A esperar los Reyes.

UN AÑO EN MADRID.

ARTICULO I. — ENERO.

La última campanada del reloj que señalaba las doce de la noche del 31 de diciembre de 1848, era el último suspiro del vástago mas calavera que ha tenido la ilustre familia del ilustrado siglo XIX. El día 1.º de enero de 1849, vió morir á su hermano, con esa indiferencia estóica que tanto distingue á la impávida parentela del tiempo. Recibió el último adios del monarca que le entregaba su cetro, sin exhalar un ¡ay! á su memoria, y empezó á regir los destinos de los mortales, sin detenerse un instante siquiera á examinar el mundo que era llamado á gobernar. El primer acento que con voz gra-

ve y terrible lanzó al aire, anunciaba que era pasada ya una hora de su vida, y era la primera voz de alerta que dirigía á sus vasallos. El compasado movimiento con que avanzaba su pupila en ese círculo de misteriosos signos que han inventado los hombres para seguir los pasos al tiempo, daba á entender bien claramente el respeto con que practicaba el código fundamental de sus mayores, y la inmutable resolución que traía formada de seguir avanzando en su carrera, sin volver nunca la vista á lo pasado, sin pararse á gozar el presente, ni asustarse del porvenir. Traía contadas las horas de su reinado y no podía perder un instante, aunque la mano de un nuevo Josué parara el astro luminoso que alumbraba sus actos. Eterno para algunos, breve y fugaz para muchos, seguía inexorable su marcha hacia la eternidad, sin cuidarse de los descabellados proyectos que la miserable humanidad tenia aplazados para cuando él rigiera el mundo. El libro eterno de lo pasado le había

enseñado á conocer los hombres, é indiferente y frio los veia olvidarse del tiempo presente para ocuparse de plazos futuros que no se cumplen jamás....

Así llegó hora tras hora la primera alborada del primer día del año en que escribimos estos artículos, y el indolente mortal que para encubrir su habitual pereza, habia pasado los últimos meses del año anterior formando planes para el presente, dormía á pierna suelta, sin cuidarse de las horas que habrían trascurrido cuando despertara, para repetir con desaliento lo que con falso entusiasmo habia pronunciado al cerrar los ojos el día 31 de diciembre.

Año nuevo, vida nueva, dijo como quien cree que ese plazo no ha de llegar nunca, ó cual si pensara que el tiempo ha de cambiar su invariable rumbo, por los periodos en que á él le convino dividirlo. Asustase contando las horas que yacen en el panteón de lo pasado, y al ver cual huyen las otras á sus propios ojos, se para á pensar en el tiempo que ha perdido para sus locas quimeras y así le sorprende un año y otro siempre creyendo que es tarde y despreciando el tiempo presente por correr ciego tras del que no ha de alcanzar nunca.

El mes de enero es un testigo terrible de la debilidad humana, es.... (permítase esta espresion al que contra su costumbre está escribiendo formal y serio) un acreedor molesto que viene á protestar una letra que no ha sido pagada á su vencimiento. El mes de enero quiere realizar todas las ofertas que se hicieron en los últimos días de su antecesor, y pone de manifiesto la indolencia de la raza humana, especialmente en nuestro país donde no se sabe conjugar de presente el verbo *hacer*. Pasamos la vida esperando el fatídico «mañana» que nunca llega, y pensando siempre en lo que *haremos*, jamás hacemos nada.

Ejemplos á millares tendrán mis lectores de esta verdad, sin que yo me esfuerce en probarla; pero tal es mi afán por complacerles, que á falta de otro mejor yo mismo me ofrezco en holocausto. Véanme aquí distraído en explicarles como vuela el tiempo, mientras malgasto el mío sin ocuparme de cumplir lo que ofrece el título de estos artículos, que serán doce, si ese fuere el número de los meses que tenga este año, y si antes de escribirlos no dispusiere Dios de mi vida, en cuyo caso les ruego que me dispensen la falta, seguros de que habrá sido contra mi voluntad. Yo tambien hice mis planes de vida nueva para el presente año, y uno de ellos fué el bosquejar estos cuadros de costumbres, empuñando al efecto mi palabra con mi buen amigo Don Francisco de Paula Mellado, editor de libros, que contra la costumbre de sus semejantes, rara vez dice que *hará*, pero *hace* mucho.

La Europa anda revuelta, decia yo para mi antes de pensar en decirselo á los lectores; el mundo civilizado y parte del que nosotros tenemos la modestia de llamar bárbaro, se agita por descubrir verdades, que despues de halladas han de ser tan mentiras como las que hoy conocemos; pues estémonos quietos en este rincón donde nos hallamos, y no faltará por nuestra desgracia quien nos diga lo que mas nos valdria ignorar. Si lo que se buscan son verdades, el tiempo es un gran testigo, y él nos ahorrará de cruzar la Europa en locomotores de ninguna especie, y de andar traduciendo signos telegráficos, para anticiparnos noticias cuya mayor parte seria de desear que se quedaran en el camino.

Un viaje por Madrid me pareció que seria una gran ocupacion para el presente año, y aun que yo bien sé que al que solo habla del pueblo en que vive, le comparan con el cura de cierto lugar, que no sabia leer sino en su misal, y le dicen que no ve mas allá de sus narices, y otras cosas que me callo por que no las digo, aun tengo esto por mejor que el hablar de lo que no se en-

tiende, presumiendo tener razon, por que los oyentes no lo entienden tampoco. Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y el que quiera conocer al prógimo empiece por conocerse á sí mismo, que si dejamos lo propio por buscar lo ageno, de fuera vendrá quien de casa nos echará. Y baste de preámbulo con lo que queda dicho, que el que mucho habla mucho yerra, y oveja que vala, bocado que pierda. El mes de enero nos presenta sus treinta y un días en orden de parada para que los pasemos revista, y no seria justo que le hiciéramos aguardar mucho tiempo. Quizás se incomodará, y recogiendo la blanca luz con que ilumina sus noches, y a cuyo hermoso resplandor medita los frios designios de su helada atmósfera, se fuera con la música a otra parte; á Londres, por ejemplo, cuyos habitantes sacrificarían gustosos sus nieblas, por tener un cacho de esa luna de enero que, á fuer de negociantes, cambiarían por el pálido sol que alumbra sus frias regiones.

Bienaventurados nosotros, que si no podemos decir como antiguamente que el sol no se pone nunca en nuestros dominios, aun tenemos razon para asegurar que la luz es eterna en nuestro suelo, y que el sol y la luna nos alumbran á competencia. Ambos me han servido para observar lo que ahora pienso escribir á la hermosa luz de una lámpara solar, que ya en mas de una ocasion me ha prestado su poderosa ayuda para aprovechar el melancólico silencio de la noche, trazando cuadros de costumbres que el génio destructor del presente siglo convertirá bien pronto en elogios fúnebres de escenas desusadas. Estremece coger la pluma para pintar los usos característicos de nuestra capital, al considerar que los primeros personajes de estos bocetos, luchan por salirse del cuadro, en que á pesar suyo se hallan colocados. El espíritu innovador de la época, los arrastra á renegar de sus mas inveteradas creencias, y la moda les fuerza á combatir y desechar sus mejores afecciones. Pero en el fondo de su alma, en el interior de su vida privada, acarician esos hábitos antiguos, y se complacen en observarlos estrictamente. La sociedad moderna de nuestro pueblo, no ha abjurado aun sus antiguas costumbres, por mas que á primera vista lo parezca. Bajo esa fisonomía vaga, superficial y frívola que presenta, oculta un corazón que late por cultivar los usos de sus mayores, y tiembla cuando imagina que podría perderlos algun día. El sombrero francés, no ha logrado aun privar á las señoras del gozo interior que sienten cuando pueden lucir la graciosa mantilla española, so pretexto de andar de trapillo; y el empleado, que víctima de la moda, hace el sacrificio de vestirse un *paletot*, está deseando que concluya la oficina para tomar la capa y burlar con el embozo las traidoras intenciones de la atmósfera madrileña. La generalidad de los habitantes de Madrid, repito, no ha desechado las costumbres de sus abuelos, como el renegado que abjura sus creencias religiosas, ni las defiende como el idólatra que muere mártir de su fé, sino que á imitacion de aquellos creyentes pusilánimes que aparentan vivir en una religion contraria de la que observan privadamente, ridiculizan en público las costumbres y los usos que forman las delicias de su retiro particular. Allí sin temor de que les critiquen lo que por una inconcebible ridiculez no osan sostener en público, se despojan de sus verdaderos positizos traspirenaicos, y entregandose con gusto á los placeres domésticos, se ocupan de recorrer el calendario para que no pase desapercibido el cumple años de su esposa; anuncian á sus hijos con un mes de anticipacion, que el día que salga el *Dios grande* de su parroquia, han de comer leche cuajada, y tiemblan que llegue la hora de salir á la calle, porque con ella empieza el fingimiento y la hipocresia. Acuden á las sociedades compuestas en su mayor parte de gentes que piensan del mismo modo que ellos, y allí es donde tienen que men-

tir (en mal francés por supuesto) para hacer el necio alarde de que no han visto a las prendas de su corazón en toda una semana, de que no saben cuando es Pascua ni Cuaresma, y de que acaban de almorzar cuando suele hacer dos horas que han comido.

Esas son las causas que han hecho creer a muchos de nuestros escritores, que el pueblo español, y con especialidad el de la corte, había perdido completamente sus costumbres, y que en la actualidad ofrecía un cuadro descolorido sin carácter propio, y cuya copia era imposible. Pero al asentar semejante error, han incurrido en la debilidad de añadir que la fisonomía de este pueblo había desaparecido, y esa verdad que nosotros dejamos confesada anteriormente, indica que su estudio ha sido demasiado superficial, y que no se han tomado el trabajo de profundizar su examen, para averiguar las causas de esa pretendida mudanza. Han creído que las viruelas que afean el rostro, pueden llevar tras sí los sentimientos del corazón y las virtudes del alma.

En el curso de estos artículos, cuyo principal objeto es combatir ese extravío, ofreceremos cien ejemplos prácticos que ahora nos conducirían a prolongar esta digresión, que tal vez haya disgustado a los lectores por demasiado larga. Pero a bien que ya estoy arrepentido de haberlo hecho, y nunca es tarde si la dicha es buena.

Eso decía mi amigo don Lucas, el día 1.º del año justamente, cuando yo entré en su casa disculpándome de haber faltado el primer día de pascuas, a deseárselas felices. Nunca es tarde, si la dicha es buena, rep tía, llamando a su hija para que me diera las credenciales de haber *salido* conmigo (la chica por supuesto) en el sorteo de *damas y galanes* verificado en su propia casa la noche anterior. Léale los *motés*, añadía sonriendo, para que vea que bien han salido.

La niña, que a despecho de mi amigo se llama Elisa, y estudia francés en un colegio, se avergonzaba de oír a su padre, y dijo que había perdido las papeletas, porque eso de *echar los años*, es una tontería española que como otras muchas solo las practica hoy día la gente rancia. Las razones de la niña, autorizada por la experiencia de sus trece años de edad, me convencieron de que las diversiones de don Lucas, eran extravagancias del antiguo régimen; pero tardé bien poco en hacer la oposición a la eminente doctora, porque habiéndome presentado su generoso papá una copa del licor que le había regalado un su amigo bolicario, y ciertos mantecados de las monjas Teresas, sequería rebelar contra mí estógamo, negándole aquel dulce refrigerio. Hablaba de *buffet* y de *raout*, y pretendía que me sirviesen un té, pero que se llevasen los bollos y el licor, porque semejante ordinario le crispaba los nervios. Afortunadamente don Lucas se incomodó con su hija y yo mortifiqué mi cuerpo comiendo un par de bollos y apurando la copa, para contribuir a la buena educación de Elisa, enseñándole a respetar a su padre.

Despedime de mi amigo, deseándole, ó diciendo que le deseaba prosperidades en el año nuevo, y me fui a visitar otras varias casas donde me trataron poco mas ó menos que en la primera. Volví a mi casa riéndome de cierto aristócrata moderno que no cabía en sí de gozo, porque en vez de regalar a su médico dos pavos y una docena de botellas el día de Noche Buena, con una tarjeta que dijese: *Aguinaldo*, le había remitido una caja de dulces franceses el día de año nuevo, con una tarjeta que decía: *etrennes*. Esa ridícula remonta que había echado a la inveterada práctica de nuestros abuelos, le hacía pasar por hombre de buen tono, y le distinguía de la gente chapada a la antigua, que en vez de mendigar voces extrañas para bautizar sus costumbres, respetan los nombres con que les fueron transmitidas. He ahí una innovación que apenas hiere la corteza

del árbol, y que ciertos críticos consideran como un cáncer incurable.

Los paseos, las fondas, los cafés, y los teatros, todo es invadido ese día por la muchedumbre, que en vano quiere negar con sus palabras lo que descubre su presencia. Van trascurridos ocho días de fiesta, y es inútil sin embargo buscar una localidad vacía en ninguno de los teatros. La mejor comedia moderna no logra llenar el teatro diez noches seguidas, y sin embargo el sainete mas absurdo se repite por espacio de quince días en la temporada de pascuas. Esa parte de la población, que seguramente no estan numerosa como era veinte años atrás; compuesta de gentes que no asisten al teatro sino dos veces al año, y una de ellas es en los días de pascua, es otro de los testigos que ofrecimos presentar en apoyo de nuestra opinion sobre el estado actual de nuestras costumbres. Ese público, bastante numeroso, puesto que él forma la figura principal del cuadro en esos días, y para él se escriben las llamadas funciones de Noche Buena, no compra su asiento en el teatro con el solo objeto de asistir al espectáculo que anuncian los carteles; el suyo es mucho mas estenso, y empieza a gozar el valor del billete desde el momento en que le ha colocado en su bolsillo. Si piensa acudir a la funcion de la tarde, desde las doce de la mañana está pidiendo la comida, y aunque viva a veinte pasos del teatro, a las dos y media ya baja la escalera de su casa, y se dirige al coliseo, porque como él dice: «mientras se baja, se llega allá y una cosa y otra son las cuatro.» La cosa y la otra, son esperar a que abran las puertas del teatro, asegurarse de que no se ha perdido el billete en el camino, y últimamente llegar con anticipacion, que no se trata de ir a un duelo, sino de divertirse y sacar jugo al billete. Los acomodadores ganan en esos días el sueldo del año, y se aburren colocando a cada cual en su asiento, sin conseguirlo jamás por completo. A las tres y media, ya están llenas todas las localidades, y empieza la funcion por ver como encienden la lucerna y como la suben, y como la paran, y no quitan la vista de ella hasta que ha dejado de oscilar en el aire. Luego miran con atencion los adornos del techo y el telon de boca, y mueven la cabeza a un lado y a otro para ver si les estorbarán los que tienen delante cuando se alce el telon, y gritan pidiendo música y aplauden cuando suena la orquesta, y así al empezar la funcion se han cobrado ya medio billete por lo menos.

El día dos de enero se abren los tribunales y los estudios sin que ni los muchachos ni los erizados acudan a sus respectivas obligaciones; todos aplazan sus trabajos para el día siete, y la víspera del seis por la noche, se lanzan a la calle, asustados al parecer por el estruendo de los cencerros que media docena de hombres tiznados, arrastran por el suelo. La misma algazara se repite en todos los barrios de Madrid, y aunque aquellos inocentes constitucionales que van a *esperar los reyes*, están borrachos, la muchedumbre que invade las calles, se detiene a verlos, y su presencia es una sancion solemne de semejante fiesta. Parece imposible que sea una diversion el ir cargado de cencerros, con un hachon de viento en la mano y una escalera en la otra, gritando «a la puerta de Toledo.... por allí vienen;» pero lo cierto es que esa ceremonia no ha perdido nada de su primitiva barbarie, y no lleva trazas de caer en desuso por ahora. Valdria mas que esos artesanos que salen a la calle huidos y avergonzados de lo que seguramente no es un crimen, representasen en esa noche farsas a propósito de la supuesta llegada de los reyes magos; diversion que entonces lo seria para todos y daria lugar a bailes públicos que inaugurasen el carnaval de una manera oportuna y notable. Pero eso lo pueden hacer los pueblos entusiastas de su nacionalidad, no los que se tiznan el rostro para ahullar en medio de una pla-



zuela. Poetizar esas costumbres, que no valen menos que la procesion francesa del *buey gordo*, sería una buena especulación para esas gentes que pierden su dinero por querer aclimatar diversiones extranjeras que nuestro carácter no menos que nuestro clima rechazan. Si los pueblos del Norte tuviesen ese cielo que tanto nos envidian, no se afanarían por parodiar los astros luminosos inflamando gases, ni presumirían realizar el quimérico ideal de falsificar las grandes maravillas de la naturaleza. Ni el lujo de los salones, donde se guarecen de la atmósfera glacial que los cerca, sería tan esquisito, ni cultivarían con tanto esmero sus jardines de invierno si pudieran gozar de nuestro envidiable otoño, y vivir al aire libre la mayor parte del año. Entonces pondrían el lujo de los salones en medio de los jardines, y no llevarían las plantas al interior de los palacios. Así en vez de marchitar las flores con la angustiosa atmósfera de los festines, embalsamarían el aire de sus saraos, con los frescos aromas del pensil.

Pero pretender que nosotros tengamos el noble orgullo de lucir las bellezas que á Dios le plugo darnos, es algo peor que predicar en un desierto, porque allí nadie oye, pero nadie se rie en cambio, y aquí escuchamos ya la carcajada del ministro que traduce las leyes del extranjero para gobernar su país; la del concejal que arregla al español los bandos del ornato público francés; la del arquitecto que por hacer una casa á la inglesa, obliga á los inquilinos á vivir con luz artificial la mitad del año, y las risas de tantos otros rapsodistas como produce esta desdichada tierra. Dejemos el sermón por ahora y sigamos pisando adoquines por las calles de Madrid, hasta concluir esta revista del mes de enero con el acontecimiento de mas bulto que en él se encuentra, siquiera no sea esta ni la primera ni la segunda vez que de él escribimos.

El día de la Epifanía, ó de los Santos Reyes, pasa sin otra novedad particular, que la de acudir la oficialidad de la guarnición á felicitar á sus gefes, y el pueblo á la capilla del Real Palacio, á ver el trage que S. M. estrena, y que segun privilegio antiguo, lo regala despues al duque de Híjar, cuya casa tiene con ese motivo un museo de trages reales, que vale algunos maravedises. Desde ese día se empiezan las reuniones semanales en las casas del buen tono, y en los altos círculos diplomáticos, se entablan mas contradanzas que tratados, y se concluyen mas polkas que negociaciones. Pero de esas fiestas nos ocuparemos en el artículo siguiente, y por ahora daremos un salto de diez días, en el que ruego á mis lectores que no me acompañen, porque mi pluma ha hecho una cosa, que aunque no es nueva hoy día, me causa rubor el confesarla. Mi pluma se ha vendido á... Mas vale que vds. lo ignoren, puesto que los creo bastante prudentes para dar por terminado este artículo y no leer lo que sigue. Confiados en que vds. lo harán así, decimos... esto es, dice mi pluma:

¡Que el día 17 de enero no pertenece á los habitantes de Madrid! ¡Se le han cedido á los cuadrúpedos, ó estos le han señalado para su beneficio! Las llamadas *vuelltas de San Anton* es una fiesta consagrada á la memoria del burro, y él es el héroe de la broma, por mas que el público asista al espectáculo que se celebra todos los años

en la calle de Hortaleza, desde la madrugada hasta las ocho de la noche.

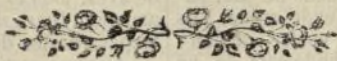
Los vecinos de Madrid, admiten las caballerías á su servicio respetando la cláusula de que el día de San Anton la han de tener libre para correr á su antojo por las calles de la capital, llenos de cintas y moños, presentándose á recibir los panecillos de cebada que un sacerdote bendice, para librarlas de muerte repentina, vejigas, esparabanos, alifafes y muermo. Ni el fogoso alazan de parada, ni la envilecida yegua de tiro, ni el castigado macho de carga, ni la resignada mula de tahona, ningun cuadrúpedo, en fin, falta á la invitacion del humilde filósofo, que hace ese día los honores de la fiesta con una dulzura proverbial entre los de su especie.

Los portales de la carrera que conduce á la iglesia de San Anton, donde se dan los panecillos de cebada, están colgados de vistosas telas, y en ella se venden panecillos de trigo para el inmenso gentio que acude á la fiesta. Los balcones se llenan de gente para ver pasar la comitiva que va y viene repetidas veces, piafando y haciendo piruetas, como si los animales quisieran pagar al hombre la complacencia de asistir á su teatro. Todo es animacion y *trote* en esa broma, hasta que al sol le cumple embozarse en su capa, y la noche tiende su mantilla sobre la calle de Hortaleza... Entonces, los actores de la funcion se retiran cabizbajos y mustios á la oscuridad de la vida privada. Los unos a roer el freno en una escuela de equitacion, los otros á esperar eternamente el pienso en casa de un alquilador de carruages... y el pobre beneficiado á despreciar con su acostumbrada filosofia, los argumentos de fresno que le hace su dueño... *Sic transit gloria mundi!*... Así se acaban las vueltas de San Anton!

En otros tiempos, y no hablo de fecha muy antigua, en que éramos menos sabios, y teníamos la pobre idea de creer que habia algunos ignorantes entre nosotros, acostumbraban los estudiantes de segundo año de filosofia, á llamar burros á los de primero, y los llenaban el aula de paja el día de San Anton. Esa broma solia tener mal resultado, y aunque semejante ley por demasiado física, no la encontraban nada lógica los que estudiaban la suodicha, aun me parece á mimas propia de muchachos que el orgullo con que hoy se presenta un niño de 14 años á exigir de su catedrático la certificación que no ha ganado, enseñándole un periódico con su nombre y apellido al pie de unos renglones cortos y largos. La criaturita ha salido poeta; ha despuntado por ese camino, dicen sus padres, y ya no necesita estudiar. Seguramente, digo yo; el argumento no tiene réplica. El catedrático le enseña lo que aprende en los libros; el muchacho hace libros, ergo la consecuencia es clara, sabe mas que su maestro.

El resto del mes no ofrece nada de notable si se exceptua la muerte de infinitas publicaciones periodísticas y literarias que empiezan su vida con el año nuevo, llenas de pompa y de vanidad, queriendo regenerar el mundo, sin hacerse cargo de que todo perece en el... Todo!... hasta este artículo que á muchos les parecería que no acababa nunca.

ANTONIO FLORES.



HISTORIA NATURAL.—EL TEJON.

Este animal pertenece exclusivamente á la Europa, pero es raza poco numerosa; tiene una marcha rastrera y una vida nocturna, por decirlo así, como la mayor parte de los animales de su especie; su talla es casi la de un

perro de aguas, pero mas corto de piernas; su piel es grisienta, en la parte superior y negra en la inferior: sus ojos son pequeños, lo mismo que sus orejas; su cabeza blanquiza hacia el hocico con una lista negra á cada lado. El tejón es un animal perezoso, solitario, desconfiado, que se retira á los sitios mas apartados y á los bosques mas sombríos y se fabrica en ellos una residencia subterránea; parece que huye de la sociedad y hasta



de la luz, pasando las tres cuartas partes de su vida en su tenebrosa habitacion, de la cual no sale mas que para buscar su subsistencia. Como tiene el cuerpo entre largo, las piernas cortas, las uñas, especialmente las de los pies delanteros, muy largas y firmes, tiene mas facilidad que ningun otro animal para abrir la tierra y para lanzar á su espalda los residuos de su escavacion, que arroja á muy grandes distancias. Sale de su madriguera por la noche, sin separarse mucho de ella, para entrar en la misma cuando oye el menor ruido. Los tejones tienen su domicilio propio; rara vez se encuentra al macho junto con la hembra. Cuando esta se vé próxima á parir, corta la yerba, y hace con ella una especie de haz que lleva arrastrando con sus piernas hasta el fondo de su cueva, donde hace una cama cómoda para ella y sus hijuelos.

Su parto se verifica en la estacion de los calores, y el número de sus hijuelos suele ser el de tres ó cuatro. Cuando han llegado á cierta edad, la madre les trae el alimento; hace sus escursiones de noche, y se aleja á mayor distancia que en otras ocasiones; desentierra los nidos de las avispas, y les trae la miel de estas; destruye las madrigueras de los conejos, se apodera de los conejillos recién nacidos; tambien coge culebras, huevos de aves, todo lo cual lleva á sus hijos, haciéndolos salir amenudo fuera de la cueva, ya para darles de mamar, ya para darles de comer.

Aunque carnívoros los tejones, tambien se alimentan de frutas, raices y de muchas especies de granos. Por lo demas, es animal que huye y se defiende muy pocas veces de los hombres que le persiguen.